

NEW LEFT REVIEW 92

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2015

ARTÍCULOS

JOE TRAPIDO El gigante desbordado de África 7

NUEVAS MASAS

JOSHUA WONG Escolarismo en marcha 46
SEBASTIAN VEG Sobre el Movimiento de los Paraguas 59

ARTÍCULOS

FRANCO MORETTI Y DOMINIQUE PESTRE Jerga bancaria 81
FREDRIC JAMESON La estética de la singularidad 109

CRÍTICA

ADAM TOOZE Cómo manejar mal la crisis 143
EMILIE BICKERTON La cultura después de Google 153
ACHIN VANAİK Los maoístas nepalíes en el poder 165

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

JOE TRAPIDO

EL GIGANTE DESBORDADO DE ÁFRICA

DE ACUERDO CON el Índice de Desarrollo Humano de la Organización de Naciones Unidas, la República Democrática del Congo (RDC) es casi el peor sitio del mundo para vivir*. El empeoramiento de Níger y algunos avances muy marginales en la propia RDC han sacado al país del último puesto que ocupaba en 2011, pero el panorama no ha cambiado demasiado. Esta triste posición tiene algo que ver con la guerra internacional que duró siete u ocho años y en la que, de acuerdo con la revista *The Lancet*, murieron cerca de cuatro millones de personas¹. Estos datos deben tomarse con algunas reservas: las comparaciones, bastante intrincadas, que incluyen los índices como el del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, son caprichosas, y los *rankings* varían en función del peso relativo que se le asigne a cada uno de los indicadores representativos (esperanza de vida, educación, renta per cápita, etcétera). El reducido espectro de los indicadores incluidos transmite también una idea bastante atrofiada de lo que es, en ocasiones, el lugar más delicioso. Uno piensa que si el Índice de Desarrollo Humano hubiera contabilizado la gran música pop, el sentido de la ironía o el estofado de antílope con acedera y nueces de palma, entonces el Congo habría sacado bastante mejor puntuación. Asimismo, se hace difícil saber cómo considerar las estimaciones sobre la mortalidad en una región que carece de censo desde 1984. Sea cual sea la cifra exacta, solo una pequeña proporción de las muertes acaecidas durante la segunda guerra del Congo fue causada por la violencia directa: la mayoría se produjo por los colapsos en la producción de alimentos, de los sistemas de salud y de la infraestructura en general.

* Quisiera dar las gracias a Ian Phimister, Zoe Marriage y Patrick Neveling.

¹ Benjamin Coghlan, Richard Brennan, Pascal Ngoy, David Dofara, Brad Otto, Mark Clements y Tony Stewart, «Mortality in the Democratic Republic of Congo: A nationwide survey», *The Lancet*, vol. 367, núm. 9504, 7 de enero de 2006.

República Democrática del Congo



Distribución de las lenguas en la RDC

| Kikongo | Lingala | Tshiluba | Swahili |
|------------|------------|------------------|----------------|
| Bajo Congo | Kinshasa | Kasai Occidental | Oriental |
| Bandundu | Bajo Congo | Kasai Oriental | Katanga |
| | Bandundu | | Maniema |
| | Ecuador | | Kivu del Sur |
| | Oriental | | Kivu del Norte |

Aunque exacerbados por la guerra, esos deterioros pueden retrotraerse mucho en el tiempo y extenderse a lo largo de las tres últimas décadas de regresión económica, durante las que el PIB congoleño se redujo hasta menos de un quinto de su máximo anterior y el capitalismo industrial, a pesar de su infradesarrollo, dejó de ser el modo dominante de producción². Este ensayo examinará los orígenes del malestar actual de la RDC y, en el proceso, confrontará algunos de los argumentos que una floreciente literatura ha venido exponiendo sobre el país. Aunque no se le dediquen muchas columnas en la prensa occidental, el desastre catastrófico que el Congo representa ha generado una impresionante cantidad y variedad de estudios serios. La RDC no solo es el país más grande del África subsahariana, con una extensión de dos millones y medio de kilómetros cuadrados, y con una población estimada de sesenta y siete millones de habitantes, el tercero más poblado (la capital, Kinshasa, es hoy una megalópolis cuya imparable expansión de viviendas de bovedilla abarca entre siete y nueve millones de habitantes)³. También es, simbólica y geográficamente, el corazón del continente. En su condición de mayor «Estado fallido» del planeta, ningún lugar ofrece un más amplio cuadro para reflexionar sobre la riqueza de las naciones, los fracasos del sistema interestatal o la condición de la misma África.

La cuestión central que aquí se plantea puede ser formulada de esta forma: ¿por qué el proceso de acumulación no logró producir una consolidación de capital, una clase dirigente económicamente poderosa y pautas sostenidas de inversión nacional? Las explicaciones al uso (baja presión demográfica, dependencia de materias primas, deterioro de los términos de comercio, ajuste estructural, una historia violenta, corrupción) no pueden dar cuenta por sí mismas de por qué la trayectoria de África central desde la independencia diverge tanto de la de otras regiones de desarrollo tardío. Este artículo es también una crítica de los dos diagnósticos hoy más populares, si bien contradictorios: el primero, según el cual habría demasiadas restricciones a los mercados y a la libre empresa que asfixiarían

² Andreas Exenberger y Simon Hartman, «Extractive institutions in the Congo: checks and balances in the *longue durée*», en Frans Buelens y Ewout Frankema (eds.), *Colonial Exploitation and Economic Development: The Belgian Congo and the Netherlands Indies compared*, Londres, 2013, p. 31.

³ Se oyen cifras de hasta trece millones en el boca a boca, pero ONU-Habitat estimó nueve millones para 2010: *State of the World's Cities 2009-2010: Bridging the Urban Divide*, Nairobi, 2008. En conversaciones con colegas en el departamento de Demografía de la Universidad de Kinshasa, estos expresaron su escepticismo ante cualquier cifra superior a siete millones.

el crecimiento; y el segundo, que las formas africanas de clientelismo, o «neopatrimonialismo», obligarían a la clase dirigente a dilapidar recursos que de otra manera darían lugar a formas capitalistas de acumulación. Estos argumentos van de la mano de un marcado giro registrado en los estudios africanos, que los aleja de explicaciones que resaltan la «dependencia» y nos acerca a aquellas otras que enfatizan la «agencia». Según esta narrativa, los problemas de África vienen de África, y los extranjeros son simplemente utilizados por actores regionales como parte de proyectos políticos locales. De acuerdo con esta lectura, la pobreza, la dependencia del crédito y la violencia son estrategias políticas definidas por las elites africanas⁴. Un corolario del enfoque de la «autonomía local» es el rechazo de las teorías que identifican el capitalismo occidental o el imperialismo como parte de la explicación de los males que aquejan al Congo. En parte rebatiendo las teorías conspirativas congoleñas que describen a los «blancos» comprometidos con un proyecto de balcanización de África central, hoy la mayoría de académicos occidentales tiende a argumentar que los problemas de la RDC no tienen una «lógica singular» y que las interpretaciones, por lo tanto, deben resistir la tentación de la «simplificación»⁵. Según esta versión de los acontecimientos, el «problema del Congo» proviene del demasiado *escaso* interés occidental: los conflictos por minerales, o los negocios firmados por dudosos empresarios son culpa de los principales países capitalistas solo en un sentido muy limitado: pecados de omisión, cometidos por países ricos desinteresados, demasiado perezosos para enfrentar las complejidades de Congo y demasiado apáticos para legislar al respecto.

Este ensayo se dirige contra esas corrientes. Negar la «acción» de poderosos actores externos tiene incluso menos credibilidad que negar la de los actores africanos poderosos, y las leyendas urbanas no deberían

⁴ Dos de los trabajos más influyentes en este orden de ideas son Jean-François Bayart, *The State in Africa: The Politics of the Belly*, Londres, 1993, y Patrick Chabal y Jean-Pascal Daloz, *Africa Works: Disorder as Political Instrument*, Oxford, 1999.

⁵ John Clark, Miles Larmer y Ann Laudati, «Neither War nor Peace in the Democratic Republic of Congo (DRC): Profiting and coping amid violence and disorder», *Review of African Political Economy*, vol. 40, núm. 135, 2013. Esta opinión informa de algunas de las mejores investigaciones recientes sobre la República Democrática del Congo, de las que soy deudor; la crítica de este aspecto del análisis de estos autores no implica ningún desprecio de sus estudios académicos. Véase, por ejemplo, Jason Stearns, *Dancing in the Glory of Monsters: The Collapse of Congo and the Great War of Africa*, Nueva York, 2011; Gérard Prunier, *From Genocide to Continental War: The 'Congolese' Conflict and the Crisis of Contemporary Africa*, Londres, 2009; Filip Reyntjens, *The Great African War: Congo and Regional Geopolitics, 1996-2006*, Cambridge, 2010; René Lemarchand, *The Dynamics of Violence in Central Africa*, Filadelfia, 2009; Thomas Turner, *The Congo Wars: Conflict, Myth and Reality*, Londres, 2007.

utilizarse para desacreditar las teorías de injerencia política en su conjunto. Ciertamente estas elites no siempre están de acuerdo, y no siempre se salen con la suya; como siempre, los resultados sociales que de ahí se siguen no son exactamente los que alguien pretendía. A pesar de todo, el análisis tiene que dejar claro qué grupos tienen mayor influencia. Y aunque hay mucho que decir a propósito de la «complejidad», hay serios problemas con la manera en que este tropo es utilizado para explicar la trayectoria del Congo desde el final de la Guerra Fría excluyendo, de entre los factores causales, las (¡complejas!) dinámicas de la integración de la RDC en los circuitos internacionales del capital y en el sistema internacional de Estados que los defiende. Lo que sigue, por lo tanto, espera combinar una crítica de estas explicaciones dominantes con una investigación disciplinada del camino político y económico seguido por la RDC desde la independencia. Prestará particular atención a los procesos por los que la integración en la economía mundial ha contribuido a socavar la formación de capital local mientras que, supervisada por un Estado débil, la riqueza del país ha ido saliendo fuera. Primero, sin embargo, analizará brevemente el impacto de las condiciones precoloniales de inestabilidad y coerción, así como los legados del desarrollo del Estado colonial tardío.

Demografía y desarrollo

Hay un relato influyente de la historia de África central que pone el acento en los problemas que la abundancia de tierras y la escasa población plantean de cara a la consolidación del poder político. Durante el siglo XVIII y comienzos del XIX la cuenca del río Congo, análogamente a lo que sucedía en Europa Occidental, fue testigo de un incremento tanto de la actividad económica como de la guerra. Pero si para algunos Estados europeos los conflictos internos y externos fueron un laboratorio de nuevas y más productivas formas de financiación de la deuda, los líderes africanos tendieron a reunir el capital que necesitaban para financiar su autoridad vendiendo los medios de producción, tanto humanos como ecológicos. Los historiadores han situado los orígenes de esta estrategia en la relativa escasez de mano de obra en África: como no eran capaces de controlar a sus subordinados, que podían desaparecer fácilmente en las vastas extensiones de tierra desocupada cuando las cosas se ponían difíciles, los gobernantes vieron en las formas de «explotación deslocalizada» –y especialmente en el comercio transatlántico de esclavos– una alternativa atractiva⁶. Hay evidencias empíricas

⁶Variaciones influyentes en este argumento han sido formuladas por, entre otros, Fredrick Cooper, «Africa's Pasts and Africa's Historians», *Canadian Journal of African Studies*, vol. 34, núm. 2, 2000; Jeffrey Herbst, *States and Power in Africa*:

sustanciales que apoyan una hipótesis semejante: la mano de obra era claramente el factor principal de producción en aquellas sociedades agrarias y tecnológicamente precarias; una parte significativa de la población (desde el comienzo relativamente dispersa y severamente afectada por las epidemias y la baja fertilidad causadas por la invasión europea) fue vendida para la obtención de mercancías de importación con valor monetario, tales como tejidos, mosquetes, hilo de cobre, conchas de Kauri, etcétera. Los otros bienes comerciales que el capitalismo demandaba de los modos de producción africanos, tales como el marfil o el caucho, dependían, hasta que colapsaron, de los sistemas naturales de extracción⁷.

De esta manera, las formaciones sociales de África central parecen haber quedado prisioneras de una dinámica, reforzada por los mercaderes europeos, en la que la prosperidad individual –concebida como derechos sobre las gentes y distribuciones teatrales de riqueza entre el séquito– pasó a depender del empobrecimiento agregado, que resultaba de la exportación (o la explotación hasta la extenuación) de los medios de producción. Estos factores parecen haber producido una inestabilidad que ha calado hondo en amplios aspectos de la vida social. Así, la fluidez frenética, la inventiva y la creatividad de las formas culturales, las estructuras sociales y las formaciones políticas congoleñas –pero también su tendencia incesante a la fragmentación y la división– son un reflejo de los intentos desesperados de la gente por controlar o por mantener los vínculos con redes clientelares, que se hallan ellas mismas en un proceso constante de disrupción violenta, y cuyos patronos siempre están abandonando la región. Pero aunque las explicaciones demográficas aportan parámetros importantes, la simple escasez de población no explica demasiado. En efecto, Ruanda y Burundi, densamente pobladas, invitarían a sacar conclusiones de signo opuesto. Desde la independencia, estas «falsas gemelas» han sido llagas abiertas de violencia y pobreza malthusiana, con genocidios y migraciones en masa, desestabilizando una y otra vez a sus vecinos (sobre todo, el propio Congo), si bien ninguna de las dos sufrió los fenómenos que generalmente se invocan como las causas «profundas», subyacentes, de las actuales aflicciones de África central: ambas se libraron de las peores incursiones del tráfico de esclavos europeo y árabe; ambas poseen tierras fértiles y una tradición estatal relativamente antigua⁸. La relación entre las trayectorias previas y los problemas presentes de la RDC o de la región en

Comparative Lessons in Authority and Control, Princeton, 2000; Gareth Austin, «Resources, techniques and strategies south of the Sahara: Revising the factor endowments perspective on African economic development, 1500-2000», *Economic History Review*, vol. 61, núm. 3, 2008.

⁷ El caucho africano se obtuvo de una enredadera: la recolección implica matar la planta.

⁸ R. Lemarchand, *The Dynamics of Violence in Central Africa*, cit.

general no es sencilla. La violencia de la extracción económica y la baja densidad de población en la cuenca del río Congo durante el siglo XIX son parte del relato, pero su impacto no se deja leer con facilidad en la situación político-económica actual.

La extracción violenta alcanzó su apogeo bajo los belgas, a partir del establecimiento del Estado Libre del Congo por el rey Leopoldo II en 1885, regalo de las potencias europeas reunidas en el Congreso de Berlín. En su búsqueda por generar un beneficio rápido, el «Estado Libre» comenzó a explotar materias primas que requerían poca inversión. Entre ellas, la principal era el caucho, cuya demanda industrial se había disparado desde la invención de la «vulcanización», un proceso que lo hace resistente al calor. Al principio se cultivaba en la naturaleza y se extraía en forma de savia de una variedad de plantas tropicales, como árboles y enredaderas que crecían en regiones remotas de bosque húmedo tropical. La mayoría de los empleados en la recolección de caucho salvaje, habitantes de los bosques tropicales de las cuencas del río Congo y del Amazonas, no estaban del todo integrados en el sistema capitalista, y solo se les podía obligar a adaptarse al rápido ritmo de la demanda creciente a través de una serie de imposiciones cada vez más violentas: el «Estado Libre» del rey Leopoldo era un ejemplo paradigmático de *Raubwirtschaft* (economía depredadora). Para añadir más urgencia económica a esta dinámica coercitiva, se habían establecido plantaciones de árboles de caucho en la península y el archipiélago malayos así como en otros lugares, lo que hacía evidente que los altos precios del caucho silvestre no iban a durar para siempre.

La increíble brutalidad de las relaciones sociales en el periodo colonial temprano llevó a caídas de población a una escala que podría haber sido incluso mayor que las producidas por el comercio transatlántico de esclavos⁹. Los trastornos y las enfermedades mataron a más gente que la violencia directa, y el declive en la población estuvo relacionado con una epidemia de enfermedades venéreas que cortaron abruptamente la tasa de fertilidad. El trastorno, evidentemente, lo originaba la incursión del comercio capitalista, y el drástico aumento de las enfermedades venéreas era inseparable de la brutalización de las relaciones sociales, que se

⁹ La estimación más baja es que se produjo un descenso del 20 por 100 de la población de la región de África central en general; otros sitúan la cifra en torno al 50 por 100. Teniendo en cuenta que las estimaciones del exceso de mortalidad oscilan entre los tres y los trece millones de decesos, tal vez la única conclusión fiable es que se trató de un gran descenso. La obra muy respetada de Isidore Ndaywel é Nziem, *Histoire générale du Congo: de l'héritage ancien à la République Démocratique*, París, 1998, es la fuente de la cifra más alta.

extendía a la esfera sexual¹⁰. En algunos aspectos, todo esto era un eco de una violencia histórica de más hondo arraigo, ya que el comercio de caucho y marfil había comenzado antes del reinado de Leopoldo, y la zona había estado en el epicentro del comercio de esclavos europeo y árabe. Una vez más los africanos eran las víctimas, pero también los intermediarios y los perpetradores¹¹. Los belgas, al igual que los comerciantes de mercancías y esclavos antes que ellos, se apoyaron fuertemente en especialistas locales en violencia, invistiendo de autoridad a una serie de señores de la guerra cuyos séquitos hicieron la mayor parte del trabajo sucio. El «despotismo descentralizado» ha sido invocado como otra posible explicación de los fracasos del África poscolonial en materia de desarrollo¹². Desde luego es un factor crucial en las tribulaciones subsiguientes que ha sufrido la región, pero esas alianzas eran la norma en los arreglos comerciales en muchas otras partes del mundo. Por sí mismo no constituye una explicación suficiente de por qué África central es un caso aparte.

Después de Leopoldo

Pero el «caucho rojo», y la más vasta economía que acompañó el saqueo colonial, difería de la violencia precolonial en algunos aspectos importantes. Ya en la década de 1920, si no antes, la economía no solo consistía en el pillaje, sino también en procesos de acumulación originaria dirigidos por el Estado, de los que salieron los recursos que fueron a su vez el capital semilla de un ulterior periodo de desarrollo industrial paternalista. El trabajo forzado seguía siendo importante, especialmente en el sector rural, pero se había producido un marcado giro desde las formas de explotación despóticas a las intensivas en capital¹³. Aunque en Occidente se habla menos de ello que de la época del Estado Libre, este tardío

¹⁰ Nancy Rose Hunt, «An Acoustic Register, Tenacious Images, and Congolese Scenes of Rape and Repetition», *Cultural Anthropology*, vol. 23, núm. 2, mayo de 2008.

¹¹ Aldwin Roes, «Towards a History of Mass Violence in the Etat Indépendant du Congo», *South African Historical Journal*, vol. 62, núm. 4, 2010; Robert Harms, *River of Wealth, River of Sorrow: The Central Zaire Basin in the Era of the Slave and Ivory Trade, 1500-1891*, New Haven, 1981; Roberto Harms, «The World Abir Made: The Margina-Lopori Basin, 1885-1903», *African Economic History*, vol. 12, 1983; Jean-Luc Vellut, «Réflexions sur la question de la violence dans l'histoire de l'Etat indépendant du Congo», en Pamphile Mabiala Mantuba-Ngoma (ed.), *La nouvelle histoire du Congo: mélanges eurafricains offerts à Frans Bontinck*, París, 2004.

¹² Mahmood Mamdani, *Citizen and Subject: Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism*, Princeton, 1996.

¹³ El complejo industrial de Lord Leverhulme dependía en gran medida de un régimen laboral coercitivo en las plantaciones de aceite de palma de Bandundu, que abarcó la mayor parte del periodo posterior al Estado Libre.

periodo industrial paternalista está mucho más presente en la memoria popular de la RDC, como también en Bélgica. Para poder comprender los desastres por venir, es necesario entender algo de este Estado colonial tardío. Las instituciones que estructuraron las vidas africanas en la colonia posterior a Leopoldo eran básicamente cuatro: el Estado, la Iglesia, las corporaciones y la esfera «consuetudinaria»¹⁴. Las corporaciones que dominaban la economía eran de propiedad predominantemente belga, pero el capital británico también jugó un papel importante. Junto con las plantaciones de aceite de palma de Unilever, la Tanganika Concession Limited (TCL) era propietaria del 16 por 100 de la Union Minière de Haut Katanga (UMHK), el vasto y tremendamente rentable complejo de minas de cobalto y cobre situado en el sureste del país. Las iglesias, sobre todo la Iglesia católica, fueron las responsables de la educación y la salud. Se consideraban críticas con el proyecto colonial en términos ideológicos, y «capaces de cambiar la mentalidad nativa con ideas de disciplina y autoridad»¹⁵. A escala inferior, la vida en el sector rural estaba gobernada por los «jefes condecorados», que combinaban elementos del sistema de intermediación de los periodos precolonial y del Estado Libre con funciones burocráticas y pseudotradicionales. El Estado mismo, encabezado por unos 10.000 administradores blancos, penetraba en todas las demás esferas, ofreciendo generosas concesiones a corporaciones y subsidios a la Iglesia católica, mientras supervisaba las áreas rurales a través de la red microadministrativa de jefes nombrados oficialmente, a los que se encomendaba la responsabilidad impopular pero rentable de recaudar impuestos y reclutar mano de obra de las aldeas¹⁶.

En el momento de la independencia, el Congo se había convertido, después de Sudáfrica, en el país más industrializado del África subsahariana, con el 35 por 100 de su población adulta vinculada al trabajo asalariado¹⁷. Para esta minoría significativa, la década de 1950 había sido un periodo de rentas y expectativas crecientes. En un esfuerzo por estabilizar su fuerza de trabajo, la UMHK había mejorado la paga y las condiciones

¹⁴ Los tres párrafos siguientes se basan en tres trabajos fundamentales: Crawford Young, «Background to Independence», *Transition*, 25, 1966; Crawford Young y Thomas Turner, *The Rise and Decline of the Zairian State*, Madison (WI), 1985; y Georges Nzongola-Ntalaja, *The Congo from Leopold to Kabila: A People's History*, Londres, 2002.

¹⁵ Clérigo católico citado en C. Young, «Background to Independence», cit., p. 35.

¹⁶ C. Young y Th. Turner, *The Rise and Decline of the Zairian State*, cit., p. 35.

¹⁷ Michel Merlier, *Le Congo de la colonisation belge à l'indépendance*, París, 1962, p. 166; G. Prunier, *From Genocide to Continental War*, cit., p. 76; Frans Buelens y Danny Cassimon, «The industrialization of the Belgian Congo», en F. Buelens y E. Frankema (eds.), *Colonial Exploitation and Economic Development*, cit.

de sus empleados en las minas de cobre y cobalto del sureste; desde mediados de la década de 1940, la rotación del personal era solo del 3 por 100, mientras que al otro lado de la frontera, en Rodesia del Norte británica (hoy Zambia), las minas de cobre tenían una rotación del 50 por 100¹⁸. La educación también fue extendida en el periodo tardocolonial, y se establecieron pensiones, ayudas por hijo y un salario mínimo para (algunos) trabajadores africanos. Del sistema público de salud se decía que era «el mejor de todo el mundo tropical»¹⁹. Sin embargo, los beneficios de la transformación social eran muy desiguales y el Estado colonial estaba atravesado por profundas líneas de fractura. Mientras que las ciudades experimentaron un rápido avance en los niveles de vida, las zonas rurales, donde vivía quizá el 90 por 100 de los congoleños en 1955, continuaron siendo áreas de pobreza y de trabajo forzado²⁰. Los enclaves más privilegiados del capitalismo del bienestar se hallaban en ocasiones contiguos a áreas de extremo abandono, como el distrito Kwilu, no lejos de la capital, Kinshasa (entonces Leopoldville), o bien Katanga septentrional, que estaba relativamente próxima a los complejos industriales de la UMHK, situados en el sur de la provincia: tanto Kwilu como el norte de Katanga se convertirían en centros de resistencia violenta partidarios de Lumumba en los años que siguieron a la independencia.

Otro factor que tuvo un gran impacto en esta geografía social irregular fue la práctica belga de favorecer a pueblos de un área geográfica determinada con la intención de «exportarlos» después para trabajar en otra distinta, poniendo en marcha procesos de intensa rivalidad económica y etnogénesis. La causa inicial de estos favoritismos podía ser bastante contingente, pero la dinámica social puesta en marcha fue intensificándose a partir de la habitual «senda de dependencia». Los grupos favorecidos recibieron un mayor acceso a la educación y fueron considerados particularmente aptos para ciertos tipos de trabajo. Con el tiempo, los miembros de estos grupos, que ya habían adquirido conciencia de sí mismos, se hicieron con redes que utilizaron para asegurarles trabajo a sus amigos, familiares y *confrères* étnicos «allá en casa». Este imperativo de ayudar a afines étnicos

¹⁸ G. Nzongola-Ntalaja, *The Congo from Leopold to Kabila*, cit., p. 74. Aunque los sindicatos de trabajadores negros fueron legalizados después de la guerra, solo 6.160 de los casi 1,2 millones de obreros asalariados congoleños habían sido sindicalizados en 1955, es decir, menos del 0,5 por 100: David van Reybrouck, *Congo: The Epic History of a People*, Londres, 2014, pp. 213-214.

¹⁹ Jean Stengers, citado en C. Young y Th. Turner, *The Rise and Decline of the Zairian State*, cit., p. 38.

²⁰ G. Nzongola-Ntalaja, *The Congo from Leopold to Kabila*, cit., p. 73.

a menudo se sentía de forma tanto más aguda, teniendo en cuenta el fiero resentimiento que para entonces otros congoleños habían acumulado hacia estos grupos²¹. El epicentro de la acumulación primitiva basada en el caucho se situaba en la región boscosa del norte del país, mientras que la subsiguiente expansión industrial que esta acumulación permitió se concentraba en las minas de cobre de Katanga situadas en el sureste. La violencia necesaria para llevar a cabo esta acumulación la había ejercido la Force Publique, dirigida por oficiales blancos, que se convertiría en el ejército del Congo belga, cuyas filas se había nutrido principalmente de las provincias septentrionales. Uno de los grupos particularmente favorecido fueron los *bangala*, «las gentes del río», una categoría étnica que los belgas habían prácticamente creado de la nada, asignando este término, y una naturaleza supuestamente «guerrera» y «superior», a los heterogéneos pueblos que vivían a lo largo de los tramos centrales del río Congo²². Cuando la independencia apareció repentinamente en el horizonte, y las agencias de inteligencia occidentales comenzaron a escarbar aquí y allá en busca de líderes congoleños que pudieran «hacer el trabajo», un buen número de sus contactos más útiles provendrían de los bosques del norte. Entre ellos estaba Joseph Désiré Mobutu, oriundo de la provincia de Ecuador, educado por los Hermanos Cristianos y que había servido en la Force Publique durante siete años, antes de hacer una incursión en el periodismo.

Quizá la debilidad más grave del Estado se alojaba en la cúspide misma del sistema. En el momento de la independencia, en junio de 1960, había solo dieciséis graduados universitarios para una población total de 20 millones: la primera universidad, con treinta y tres estudiantes y siete profesores, se había abierto en 1954. No había médicos, ni ingenieros, ni abogados o economistas congoleños, como tampoco había oficiales negros en la Force Publique²³. Para los africanos, la educación superior y las carreras profesionales estaban drásticamente y explícitamente limitadas; el padre del futuro presidente congoleño Laurent Kabila había alcanzado la posición más alta a la que podía aspirar un africano: «empleado principal de correos de segunda clase»²⁴. *Pas d'élite, pas d'ennuis* —«Sin élites no hay problemas»— era un dicho recurrente entre círculos coloniales belgas²⁵. En el arreglo que se buscó a toda prisa cuando la agitación por la independencia se hizo irresistible, la casi totalidad de los altos mandos, tanto del sector civil como

²¹ Thomas Turner, *Congo*, Cambridge, 2013, pp. 74-119.

²² Véase también Th. Turner, *The Congo Wars*, cit., pp. 56-57.

²³ D. van Reybrouck, *Congo: The Epic History of a People*, cit. pp. 218, 266.

²⁴ Eric Kennes, *Essai biographique sur Laurent Désiré Kabila*, París, 2003, p. 18.

²⁵ C. Young, «Background to Independence», cit.

del militar, seguía ocupada por belgas, y las principales palancas del poder económico permanecían asimismo en manos belgas²⁶. Se dejó claro que, para la mayoría de los africanos, la independencia ofrecería una muy escasa perspectiva de mejora. El general Émile Janssens, al mando de la Force Publique, explicó célebremente la situación a sus tropas escribiendo en una pizarra: «Antes de la independencia = Después de la independencia», desencadenando el motín que precipitó la caída en el caos.

Una nación que nace muerta

No hay ninguna duda de que las fuerzas occidentales jugaron un papel central en el desastre que siguió, es decir, en los sangrientos procesos que comenzaron con la secesión de Katanga y terminaron con el asesinato de Patrice Lumumba y la entronización de Mobutu, quien, reclutado por los belgas en 1957, se había convertido en un miembro clave del selecto «grupo de Binza», reunido en torno al jefe de la CIA en Kinshasa, Larry Devlin²⁷. Para entender la hostilidad occidental hacia Lumumba es necesario tener en cuenta la coyuntura económica que se le planteaba al nuevo gobierno en el momento de su independencia. El Estado recién nacido había heredado una deuda más alta que la de otras antiguas colonias africanas. Por otra parte, la base imponible del país era menor y totalmente dependiente de la renta proveniente de las concesiones, mientras que la mayor parte de los beneficios últimos derivados de las mercancías congoleñas eran generados en Bélgica²⁸. La conclusión evidente es que, para ser viable, el Estado tendría que lograr un mejor acuerdo sobre las minas de cobre y cobalto de Katanga, de propiedad belga y británica. Los precios globales del cobre eran altos, y los líderes occidentales se ponían nerviosos

²⁶ Más tarde Mobutu hablaría de su propio papel en las conversaciones previas a la independencia con sorprendente franqueza: «¡Allí me senté, tonto, periodista sin modales, en la misma mesa con los grandes tiburones blancos de las finanzas belgas! [...]. Yo era como uno de esos vaqueros en un *western* que se dejan embaucar una y otra vez por los estafadores profesionales [...]. Nuestros socios en la discusión empleaban toda una serie de artimañas jurídicas y técnicas para mantener con éxito la mano que las multinacionales y los capitalistas belgas tenían metida en el bolsillo congoleño». D. van Reybrouck, *Congo: The Epic History of a People*, cit. pp. 262-263.

²⁷ Larry Devlin, *Chief of Station, Congo: A Memoir of 1960-1967*, Nueva York, 2007, pp. 142-145. Denominado a partir del barrio rico de Kinshasa en el que vivían, el grupo de Binza también incluyó al ministro congoleño de Relaciones Exteriores, Justin Bomboko, y a Víctor Nendaka, jefe de las fuerzas de seguridad. Un buen reclutador de agentes forjará siempre vínculos emocionales fuertes, y así todos estos hombres parecen haberse convertido en parte de la familia de la CIA, algo que explica el calor fraternal evidente luego entre Mobutu y George Bush (padre).

²⁸ Leigh Gardner, «Fiscal policy in the Belgian Congo in comparative perspective», en F. Buelens y E. Frankema (eds.), *Colonial Exploitation and Economic Development*, cit.

ante cualquier indicio de nacionalismo económico²⁹. El sentido de alarma se exacerbaba aún más por el hecho de que el uranio de la bomba que destruyó Hiroshima provino de Katanga. En Londres y Bruselas la hostilidad hacia Lumumba estaba también salpicada de ideología supremacista blanca y de extrema derecha, como lo atestigua el hecho de que Janssens estuviese profundamente comprometido con la política de extrema derecha después de su vuelta a Bélgica tras su retiro, mientras que la Katanga independiente reunía a sus entusiastas en el Monday Club del Partido Conservador británico³⁰. En todo esto, naturalmente, los beneficios económicos jugaban un papel crucial: el rendimiento medio de las inversiones industriales en el Congo belga durante los años anteriores a la independencia había sido del 12 por 100³¹.

Cuando el gobernador de Katanga, Moise Tshombe, aprovechó la ocasión que le brindó el motín militar para declarar la independencia de la provincia en julio de 1960, su jugada fue enérgicamente respaldada por la UMHK, que inmediatamente empezó a pagar sus impuestos directamente a Tshombe y concedió al nuevo Estado un crédito por 1,25 millardos de francos belgas. Si bien había un apoyo local a la independencia en el sur de la provincia —especialmente entre los *lunda*—, en el norte, donde los *luba-katanga* eran mayoría, la oposición era muy fuerte³². Regado con dinero de la UMHK y rodeado de asesores belgas, el gobierno de Katanga reclutó una fuerza de mercenarios blancos que cometieron innumerables atrocidades. Una de las figuras que se formaron en esta coyuntura fue Laurent Kabila. Originario del grupo de los *luba-katanga*, fue uno de los jóvenes militantes de Jeunesse Balubakat, enfrentados a Tshombe. Aunque la guerra tenía un fuerte carácter étnico, en la contienda había también aspectos de clase y generacionales. Muchos «ancianos» entre los *luba-katanga* (hombres de edad que habían sido privilegiados por haber formado parte del cuerpo estatal, ya fuera como «jefes» nombrados por los belgas o como pequeños funcionarios) también apoyaron al partido separatista de Tshombe (el CONAKAT), en su calidad de protegido del capital blanco. El padre de Kabila, que era uno de esos ancianos, fue ejecutado por la milicia de su propio hijo³³.

²⁹ Ian Phimister, «Corporate Profit and Race in Central African Copper Mining, 1946-1958», *The Business History Review*, vol. 85, núm. 4, invierno de 2011.

³⁰ Susan Williams, *Who Killed Hammar skjöld? The UN, The Cold War, and White Supremacy in Africa*, Nueva York, 2011.

³¹ F. Buelens y D. Cassemon, «The industrialization of the Belgian Congo», cit., p. 241.

³² Por razones históricas, los *luba-katanga* y los *luba-kasai* se consideran a sí mismos etnias distintas; de hecho, han sido a menudo políticamente antagónicas.

³³ E. Kennes, *Essai biographique sur Laurent Désiré Kabila*, cit.

Habían pasado doce semanas desde las ceremonias de independencia cuando Lumumba fue derrocado. Diez días antes Dulles había telegrafado a Devlin para decirle que su eliminación era «una alta prioridad»³⁴. Las tropas de la ONU que Lumumba había llamado ingenuamente para que pusieran fin a la secesión estaban bajo mando estadounidense. Lo que hicieron fue proteger el régimen de Tshombe y permitir que Mobutu y Joseph Kasavubu derrocaran a Lumumba en septiembre de 1960, después de que este hubiera pedido ayuda, infructuosamente, a Moscú. Devlin menciona en sus memorias que, siguiendo instrucciones de Eisenhower, «exploró si era factible» matar al líder congoleño, pero al parecer fueron fuerzas belgas quienes lo hicieron³⁵. Con Lumumba fuera de juego y la CIA trabajando estrechamente con el nuevo gobierno central, Washington cambió su postura hacia Katanga, pues en las nuevas circunstancias la violencia que continuaba en la provincia le parecía una fuente de desestabilización. A finales de 1962 Kennedy autorizó un asalto definitivo por parte de la ONU. Esto trajo consigo la rendición de Tshombe y la reintegración de la provincia en enero de 1963. Los límites externamente circunscritos de la autonomía congoleña quedaban así claramente definidos.

El Zaire de Mobutu

Aunque fuera en parte una criatura de la CIA³⁶, lo cierto es que en 1965 Mobutu disfrutaba de un significativo nivel de popularidad cuando, siendo jefe del Ejército, decidió intervenir para «barrer a los políticos y sus disputas», y asumir poderes plenos y de excepción, proclamándose a sí mismo el verdadero sucesor de Lumumba. Sostenido por los altos precios del cobre y por generosos créditos occidentales, Mobutu puso en marcha, sin escatimar recursos, una campaña de nacionalismo cultural que pasaba por renombrar el país como Zaire. Sus asesores económicos organizaron una devaluación exitosa de la moneda, conteniendo los salarios y la inflación, mientras los sindicatos eran puestos bajo control del gobierno. La nacionalización de la UMHK, que pasó a llamarse Gécamines, en 1966 dio a la política económica del régimen

³⁴ Ludo De Witte, *The Assassination of Lumumba*, Londres y Nueva York, 2001, p. 17.

³⁵ L. Devlin, *Chief of Station*, cit., p. 260; L. de Witte, *The Assassination of Lumumba*, cit., capítulo 5.

³⁶ El funcionario del Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos Roger Harris estima que Mobutu pudo haber recibido ciento cincuenta millones de dólares en pagos directos de la CIA durante los primeros diez años de su mandato, sin incluir los fondos destinados a programas militares y de ayuda exterior: Steve Askin y Carole Collins, «External Collusion with Kleptocracy: Can Zaire Recapture Its Stolen Wealth?», *Review of African Political Economy*, vol. 20, núm. 57, julio de 1993.

una pátina de legitimidad popular, si bien el acuerdo era una estafa: a la empresa matriz de УМНК, la Société Générale de Belgique, se le concedió un lucrativo contrato para gestionar la compañía pública y continuar comercializando el cobre de Gécamines durante años, con una fuerte apreciación; eran compañías extranjeras, por lo tanto, las que seguirían recogiendo los beneficios finales de procesar los minerales de Zaire.

Desde principios de la década de 1970, cuando los precios del cobre se hundieron, los créditos extranjeros pasaron a ser un complemento importante de las rentas de la minería. Para empezar, la mayor parte del dinero procedía de acreedores privados, y con frecuencia se utilizaba para costear grandiosos proyectos, como las presas hidroeléctricas de Inga. Si bien es cierto que estos préstamos iniciales dejaron algunas infraestructuras, en las operaciones había claramente un gran margen de *folie de grandeur*, con sobornos previstos a gran escala³⁷. Desde el otro lado del acuerdo, la expectativa de participar en el crecimiento económico de Zaire seguramente dejó de ser una ambición realista mucho antes de que se secara el crédito privado por parte de los bancos occidentales. En este sentido, la catástrofe de Zaire emerge no como una variante *sui generis*, sino como una variante extrema de una pauta más general de *mise-en-dépendance* financiera. Las dinámicas de inversión en lugares lejanos pueden haber propiciado conductas de inversión aparentemente irracionales en otros lugares. Entre estos incentivos destacaban las «comisiones por concesión de crédito», que se pagaban al acreedor por adelantado. La concesión de préstamos generaba lucrativas operaciones a los centros financieros occidentales y el dinero era a menudo retransferido al exterior hacia cuentas gestionadas por los propios bancos acreedores. La actividad crediticia privada comenzó a declinar desde mediados de la década de 1970, y a principios de la de 1980 había sido reemplazada en gran parte por préstamos provenientes de gobiernos occidentales e instituciones financieras multilaterales, que en teoría imponían condiciones aún más duras. Pero para este aliado incondicional en la Guerra Fría, las evaluaciones del FMI y del Banco Mundial demostraron ser notablemente comprensivas: en 1986 el FMI describió las políticas

³⁷ En 2000 las deudas congoleñas superaban los 13 millardos de dólares, y casi el 80 por 100 de esta suma estaba relacionado con préstamos privados para proyectos de infraestructuras realizados antes de 1976. Cuatro grandes proyectos representaban el 60 por 100; el mayor de ellos era el proyecto hidroeléctrico de Inga y las líneas eléctricas de alta tensión de la central hidroeléctrica a las minas de Katanga. Solo este proyecto añadía 1.000 millones de dólares a la deuda nacional, de los que tal vez el 7 por 100 fue a parar a Mobutu en concepto de sobornos: S. Askin y C. Collins, «External Collusion with Kleptocracy: Can Zaire Recapture Its Stolen Wealth?», cit.

económicas de Mobutu como «satisfactorias en líneas generales», y lamentó el hecho de que sus esfuerzos no hubieran sido recompensados con mayores aumentos en préstamos y subsidios del exterior³⁸.

En el sistema que se consolidó en Zaire durante las décadas de 1970 y 1980, un reducido núcleo político interno, que puede definirse como una clase tanto como una corte, se mantuvo fiel a base de recibir las dádivas apropiadas: cantidades ingentes de dinero derivado de monopolios de importación, rentas de los recursos minerales y préstamos internacionales que se canalizaban directamente a la cuenta de Mobutu. Informes confidenciales del Banco Mundial recogían que en 1978 el gobernador del banco central de Zaire había dado instrucciones a Gécamines para que depositara el 30 por 100 de sus ganancias de la exportación en una cuenta presidencial, mientras que en el año siguiente se produjeron ventas irregulares de 200 toneladas de cobalto a Suiza, 10.000 toneladas de cobre a Sudáfrica y 20.000 toneladas a China³⁹. Aunque vestido con el vocabulario del nacionalismo económico, el programa de «zairización» de la década de 1970 era poco más que una apropiación caótica de empresas medianas y otros activos por parte de la clase dirigente, a la vez que dejaban tranquilas a las multinacionales. De esta forma, gran parte de la elite empresarial zaireña construyó sus fortunas a partir de bienes adquiridos durante la zairización⁴⁰. Este modo de proceder se acompañaba de un recuerdo constante a los beneficiarios acerca de su propia precariedad, de manera que poseer cuentas en Suiza y haber pasado una temporada en prisión era la marca de pertenencia al círculo político dirigente. Los salarios de los funcionarios se pagaban imprimiendo dinero: una estrategia que, en ausencia de recursos económicos adecuados para respaldarla, desembocó en el predecible resultado inflacionario. El resto, la gran mayoría, sobrevivía como podía⁴¹. Se calcula que el nivel medio de vida cayó más del 2 por 100 anualmente durante el mandato de Mobutu, lo que acarreó que

³⁸ James Boyce y Léonce Ndikumana, «Congo's Odious Debt: External Borrowing and Capital Flight in Zaire», *Development and Change*, vol. 29, núm. 2, 1998.

³⁹ *Ibid.*, cit.

⁴⁰ S. Askin y C. Collins, «External Collusion with Kleptocracy: Can Zaire Recapture Its Stolen Wealth?», cit.

⁴¹ El relato clásico de esta situación, y el mejor libro acerca del Zaire de Mobutu, es C. Young y Th. Turner, *Rise and Decline of the Zairian State*, cit. Otras fuentes utilizadas son: F. Buelens y E. Frankema (eds.), *Colonial Exploitation and Economic Development*; William Reno, «Congo: From State Collapse to "Absolutism", to "State Failure"», *Third World Quarterly*, vol. 27, núm. 1, 2006; «Le Nouvel ordre politique et les enjeux économiques du conflit en République Démocratique du Congo», *Rapport du groupe d'expertise congolaise de Belgique*, Brussels 2001; y Michael Schatzberg, *Mobutu or Chaos? The United States and Zaire, 1960-1990*, Londres, 1991.

más del 70 por 100 de la población se encontrará en situación de pobreza absoluta a mediados de la década de 1980. Por esas fechas, la fortuna personal de Mobutu rondaba ya los 4.000 millones de dólares⁴².

¿Neopatrimonialismo o fuga de capitales?

En estas circunstancias, mucho se ha escrito en torno a la idea de que, detrás de los males que afligen al continente, ha habido algunas pautas de gobierno distintivamente africanas tendentes a la «dilapidación de los recursos». Las dádivas personales de Mobutu y el particularmente catastrófico declive económico de Zaire vienen a considerarse un ejemplo casi ideal-típico de ese «despotismo africano». Esta forma de distribución es referida a menudo, en términos weberianos, como «neopatrimonialismo» (aquí el «neo» indicaría que el aparato de un Estado moderno es utilizado para administrar el clientelismo, pero sin las formas de la separación institucional entre redes individuales y Administración, que se supone que es la característica definitoria de las modernas formas de autoridad)⁴³. No hay ninguna duda de que este representa un fenómeno importante. Robar dinero o acaparar las oportunidades económicas, en parte con la motivación de cooptar o mantener redes sociales, son ciertamente rasgos destacados y bien asentados en la vida política de la RDC. Pero el problema que plantea esta hipótesis es que casi todas las economías industrializadas, desde Europa hasta el sureste asiático, fueron notablemente corruptas durante las etapas iniciales de su despegue económico, desde los burgos podridos de la Inglaterra del siglo XVIII hasta los *chaebol* de corte mafioso que han controlado el crecimiento en la Corea del Sur moderna⁴⁴. La separación institucional entre individuos particulares y Administración, si llega en algún caso a hacerse realidad, es normalmente la consecuencia y no la causa del desarrollo económico. Conscientes de este problema, muchos estudiosos hablan de un contraste entre la «corrupción» africana y la asiática, y apuntan a una forma de patrimonialismo más «desarrollista», relacionada con formas de acumulación iniciales⁴⁵. Según esta

⁴² J. Boyce y L. Ndikumana, «Congo's Odious Debt: External Borrowing and Capital Flight in Zaire», *cit.*

⁴³ La literatura al respecto es vasta. Véase Michael Bratton y Nicolas van de Walle, «Neopatrimonial Regimes and Political Transitions in Africa», *World Politics*, vol. 46, núm. 4, julio de 1994, para una visión general. Hay un montón de términos alternativos utilizados por los estudiosos, pero que acaban significando algo bastante similar: «política pancista», «clientelismo», etcétera.

⁴⁴ Mushtaq Khan, «Corruption and Governance in Early Capitalism: World Bank Strategies and Their Limitations», en Jonathan Pincus y Jeffrey Winters (eds.), *Reinventing the World Bank*, Ithaca (NY), 2002.

⁴⁵ David Booth, Diana Cammack, Frederick Golooba-Mutebi y Tim Kelsall, «Developmental Patrimonialism? Questioning the orthodoxy on political governance

interpretación, en el sureste asiático (así como en los nuevos Estados que crecen a buen ritmo en África) el dinero apropiado es acumulado y, por lo tanto, puesto a disposición de la inversión productiva por un individuo o un grupo pequeño. En la mayor parte de África, por el contrario, una economía moral que valora el reparto de dádivas entre una clientela, junto con la existencia de redes político-económicas en competición, disipa los recursos que de otra manera podrían conducir a la acumulación capitalista.

Si bien este argumento puede interpretarse como un avance con respecto a los tópicos de la industria del desarrollo sobre la «corrupción», tampoco se sostiene ante un análisis minucioso. Las elites africanas tienen un nivel de fuga de capitales en relación al PIB mayor que el de sus homólogos en otras zonas del mundo y mantienen una mayor proporción de su riqueza en el exterior⁴⁶. Esta es la conclusión que resalta con fuerza el trabajo pionero de Boyce y Ndikumana, que calcula la fuga de capitales de África (esto es, los flujos de capital no constatados) mediante el examen de las discrepancias existentes entre los datos de las balanzas de pagos y los referidos al origen y destino de las importaciones y exportaciones, incluyendo las discordancias en la facturación y los pagos no documentados. Durante la mayor parte del régimen de Mobutu, estiman una media anual de fuga de capitales de alrededor de 1 millardo de dólares (según la cotización en 2010), con una reducción a 446 millones a finales de la década de 1980, que se explicaría por la caída de precios de las materias primas⁴⁷. Esto significa que, *contra* las explicaciones que achacan el bajo crecimiento al neopatrimonialismo, los oligarcas africanos al parecer dedican una mucho menor proporción de sus recursos a pagar a sus clientelas que sus homólogos de otras regiones.

and economic progress in Africa», *Africa Power and Politics Working Paper* No. 9, 2010; David Booth y Frederick Golooba-Mutebi, «Developmental patrimonialism? The case of Rwanda», *African Affairs*, vol. III, núm. 444, 2012.

⁴⁶ Paul Collier, Anke Hoeffler y Catherine Pattillo, «Flight Capital as Portfolio Choice», *World Economic Review*, vol. 15, núm. 1, 2001.

⁴⁷ J. Boyce y L. Ndikumana, «Capital Flight from Sub-Saharan African Countries: Updated Estimates, 1970-2010», *Political Economy Research Institute Report*, octubre de 2012. Otro problema con la tesis del «patrimonialismo desarrollista» es que las rentas *presentaban* un fuerte grado de concentración en la mayor parte de los Estados africanos; de hecho, la mayoría de las conferencias de Frederick Cooper giran en torno a la idea del Estado africano como un «Estado portero», organizado para la captura de rentas desde el interior por pequeñas elites en la capital: F. Cooper, *Africa since 1940: The Past of the Present*, Cambridge, 2002. La fragmentación de las redes rentistas en Zaire desde finales de la década de 1970 se percibe más como una consecuencia, y no una causa, del estancamiento económico, en tanto que surgieron facciones insatisfechas acuciadas por un pastel a repartir cada vez menor.

Existe una contradicción inherente entre la realidad de la fuga de capitales africanos y la idea de que existen imperativos culturales excesivos que obligarían a las elites del continente a redistribuir: el dinero escondido en paraísos fiscales, por definición, ha resistido a ese imperativo, burlando el clamor de las extensas redes sociales, lo cual no niega la importancia política de los lazos patrón-cliente, ni la manifiesta dispersión de la riqueza. De hecho, el régimen de Mobutu fue una especie de Estado-teatro, en el que cantar y bailar a cambio de dinero del Gran Señor se convirtió en la tónica general. La clave reside en que esto representaba una especie de fetichismo, en el que la persona de la casta poderosa desempeñaba el papel de generador de riqueza. Pero aunque los poderosos cultivaban su imagen de dispensadores, en realidad los regalos que hacían a los subalternos en estas representaciones no suponían sino una fracción diminuta de la totalidad, que disimulaba el hecho de que la mayor parte de la riqueza estaba siendo evadida al exterior. Los regalos *entre* miembros de la clase dirigente podían ser bastante sustanciosos, y por esta razón el clientelismo y la clase no son, como a menudo se asume, contradictorios. La avaricia mostrada por los dirigentes africanos con respecto a los préstamos extranjeros no era algo inusual, como tampoco lo eran sus trucos de prestidigitación en relación con la deuda y el crédito. Tal y como Marx escribía en el siglo XIX: «La única parte de la así llamada riqueza nacional que realmente llega a ser poseída por los pueblos modernos es la deuda nacional»⁴⁸. Pero la trayectoria africana difiere de la capitalista clásica en un aspecto importante. Aquí la venta de deuda pública derivada de préstamos extranjeros implicó su reenvío al exterior, imposibilitándose así la formación de capital. Aunque los relatos africanistas convencionales ignoran la cuestión o la marginan, lo cierto es que la fuga de capitales nos ofrece una explicación mucho más elegante y empíricamente sólida del fracaso de la acumulación en el África subsahariana que el «neopatrimonialismo» o la «política pancista». Esta pauta, que continuaría e incluso se acrecentaría tras su derrocamiento, fue un aspecto central del legado desastroso de Mobutu.

«Transición»

A finales de la década de 1980 esta hemorragia político-económica había empezado a generar un cambio cualitativo en la formación social. La hiperinflación, una serie de escándalos de ventas piramidales a gran escala y el colapso del sistema bancario se llevaron por delante los

⁴⁸ Karl Marx, *Capital*, vol. I, Londres, 1976, p. 919.

fundamentos monetarios de la economía zaireña. Los salarios, ya de por sí encogidos por la inflación hasta prácticamente la nada, se pagaban con meses o años de retraso. El empleo público era valorado no por el salario, sino porque ofrecía una posición desde la que negociar patronazgos, cerrar negocios o vender irregularmente el *stock* acumulado. Instituciones burocráticas ostensiblemente grandes como la función pública o el ejército eran en realidad nidos de células pequeñas, cuasi familiares. Los miembros de más rango dentro del aparato gubernamental llenaban los cargos de empleados con *fictifs*, es decir, personal inexistente que, no obstante, cobraba un salario. Las sumas así acumuladas a menudo se desviaban y caían en manos de cambistas callejeros, que constituían una especie de sistema bancario informal donde se conseguían buenas conversiones en una economía crecientemente dolarizada.

En este contexto, la oposición a Mobutu había estado creciendo, dirigida por la Union pour la Démocratie et le Progrès Social (UDPS), una formación política lanzada por mobutistas desafectos en 1982. A finales de la década de 1980 se había convertido en una fuerza que no podía ignorarse, y que lograba apoyos masivos en muchas zonas del país. Entretanto, la Guerra Fría, cuyos imperativos habían protegido a Mobutu durante tan largos años, había terminado. Una masacre de estudiantes de la oposición en Lubumbashi a manos de la policía de seguridad en 1990 llevó a Bélgica, Estados Unidos y el Banco Mundial a suspender las ayudas. Mobutu, al darse cuenta de que sus aliados occidentales estaban empezando a darle la espalda, decidió jugar su última baza. Levantó la prohibición que recaía sobre los partidos políticos y en 1991, bajo una presión considerable, permitió el establecimiento de la Conférence Nationale Souveraine, encargada de redactar una nueva constitución como paso preliminar a unas elecciones multipartidistas.

Así dio comienzo *la transition*, que, aunque en ningún sentido llegaría muy lejos, sí generó una serie de pautas políticas que serían recurrentes a lo largo de las décadas de 1990 y 2000. Una de esas pautas fue el uso de la proliferación y la imitación. En lugar del viejo Estado-partido, se establecieron cientos de partidos, muchos de los cuales eran simplemente *partis alimentaires*, es decir, partidos alimenticios, sin ideología, concebidos para vender su apoyo a varios agentes de poder, con unos cuadros hambrientos en busca de recompensas económicas (a veces patéticamente miserables). Las escisiones podían ser fomentadas dentro de

las formaciones políticas reales a medida que los líderes eran torturados y después sobornados, y los rivales nombrados y, acto seguido, cesados. Otro motivo recurrente, que de hecho se repetiría *ad nauseam* en las décadas siguientes, era la incapacidad de Étienne Tshisekedi (líder del UDPS y de la «oposición radical») a la hora de aprovechar las ocasiones que se le presentaban. Extrañamente legalista en un Estado en el que el imperio de la ley no valía nada, Tshisekedi era una y otra vez empujado a entrar en querellas constitucionales acerca de quién debía presidir la Conférence Nationale Souveraine, o sobre si él era o no el primer ministro, y no logró movilizar su gran apoyo popular en los momentos en los que ello podía haber marcado la diferencia. Cauteloso cuando debía ser audaz, negociaba con pusilanimidad y solo actuaba cuando ya era demasiado tarde; y lo peor de todo: tenía mala suerte. A medida que avanzaba la década de 1990, quedó claro que Mobutu había tomado la medida a sus oponentes domésticos, mientras la calle llamaba ya a todo el proceso Connerie Nationale Souveraine, esto es, gilipollez nacional soberana.

Gécamines había seguido funcionando hasta principios de la década de 1990, mientras el cobre era todavía uno de los pilares de la economía. La compañía poseía un cierto grado de independencia operativa y se había mantenido a flote bastante bien en términos comparativos: la clase dirigente en su mayor parte se limitaba a robar los beneficios, en lugar de saquear la infraestructura productiva. Sin embargo, era evidente que las décadas de falta de inversión estaban pasando factura. En septiembre de 1990 se produjo el colapso de la mina Kamoto, que por sí sola había venido suponiendo el 30 por 100 de toda la producción de Gécamines en los años anteriores⁴⁹. Pero aún más dañina fue la táctica de divide y vencerás desplegada por un Mobutu que trataba como fuera de aferrarse al poder. Esto es lo que finalmente echó a perder la minería industrial en Katanga en la década de 1990. Después de firmar un pacto secreto con Mobutu, un antiguo miembro de la oposición, Kyungu wa Kamwenza, fue nombrado gobernador de la provincia. A los pocos días, Kyungu había lanzado una ola de propaganda incendiaria contra las etnias «no nativas» de Katanga y, sobre todo, contra los *luba-kasai*, que constituían una sección importante de la fuerza de trabajo especializada de Gécamines y eran la base de apoyo del UDPS. Difundidas con gran estruendo desde los medios del Estado, las soflamas de Kyungu desencadenaron una serie de pogromos que dejaron miles de muertos

⁴⁹ Benjamin Rubbers, «L'effondrement de la Générale des Carrières et des Mines: Chronique d'un processus de privatisation informelle», *Cahiers d'Études Africaines*, vol. 46, núm. 181, 2006.

y decenas de miles de desplazados, además de expoliar Gécamines de la mayor parte de su personal clave⁵⁰.

La minería artesanal había venido experimentando un auge desde mediados de la década de 1980, pero ante la depresión continuada de la economía durante la década siguiente pasó a ser la forma predominante de extracción, dando empleo a millones de excavadores que usaban técnicas eminentemente preindustriales. A medida que la infraestructura del país se desintegraba y las carreteras se volvían impracticables, el trabajo pesado se hacía sobre todo a mano. En estas condiciones, la minería se volvió menos productiva y menos rentable. Con la desindustrialización, los diamantes (que eran extraídos en las zonas sin ley del interior por equipos de migrantes urbanos que usaban técnicas mineras que habrían resultado familiares en la Edad del Bronce, y eran pasados de contrabando a través de la frontera desde Angola) se convirtieron en el principal pilar de la economía. Esta economía estaba controlada por una serie de señores de la guerra violentos y extravagantes, que iban siempre rodeados de séquitos de mujeres, adoradores y niños de la calle (uno de estos personajes era un hijo del propio Mobutu, Kongulu, conocido popularmente como *Sadam*). En estas circunstancias, sin liderazgo hegemónico de ningún tipo, la *jacquerie* popular no iba a ninguna parte. Esta situación quedó particularmente de manifiesto en el caso de los dos grandes saqueos callejeros que sacudieron Kinshasa en la década de 1990. Soldados que no habían cobrado saquearon las propiedades de personas próximas al régimen, así como de empresas extranjeras consideradas apoyos a Mobutu, con la ayuda de la población civil de la capital. Esta rebelión, que podría haber tomado los centros estratégicos de un poder ilegítimo, en lugar de ello se contentó con emular la conducta meramente depredadora de la elite zaireña. Era como si los conquistadores de la Bastilla hubieran llegado solo para encontrar al rey vendiendo ya las piedras como material de construcción.

Invasión desde el este

Este es el telón de fondo en el que tuvo lugar el genocidio de Ruanda y el siguiente gran éxodo de refugiados hutus hacia Zaire. El Frente Patriótico Ruandés (FPR) tutsi de Paul Kagame había tomado el poder en Kigali,

⁵⁰ Si bien esta violencia ilustra el poder de la identidad en la movilización política, también subraya su fluidez; los *luba-katanga* y los *lunda*, feroces enemigos en el momento de la independencia, se unieron en apoyo a este pogromo: Dibwe dia Mwembu, «L'épuration ethnique au Katanga et l'éthique du redressement des torts du passé», *Canadian Journal of African Studies/Revue Canadienne des Études Africaines*, vol. 33, núm. 2-3, 1999.

derrocando a los *génocidaires* apoyados por Francia. Kagame y su principal aliado, el líder ugandés Yoweri Museveni, dirigieron entonces su atención hacia los campos de refugiados del este de Zaire, donde habían ido a guarecerse los restos del antiguo régimen. El FPR veía en los campos una amenaza existencial, que ofrecía una base a los revanchistas hutus que planeaban su vuelta al poder (con el apoyo tácito de Mobutu). Pero los refugiados, por su parte, también tenían buenas razones para temer al FPR. Un informe oculto, escrito por Robert Gersony para la ONU, da cuenta de que las tropas de Kagame habían asesinado a decenas de miles de civiles entre abril y agosto de 1994; Gersony enfatizaba que en su «gran mayoría» los asesinados no habían jugado ningún papel en la masacre de los tutsis⁵¹. El informe fue enterrado ante la insistencia de los nuevos aliados occidentales de Kagame: el gobierno de Clinton, que estaba tratando de compensar el hecho de haber mirado para otro lado durante el genocidio, ahora se apresuró a abrazar al FPR. Muchos de estos refugiados se negaron a regresar a su hogar, no porque fueran culpables ni por la coerción ejercida por los extremistas hutus (aunque sin duda ambos factores influyeron en muchos casos), sino porque estaban muy al tanto de la recepción que les esperaba⁵².

En 1996, tras haber comunicado a Washington que estaba planeando una intervención, Kagame envió al Ejército Patriótico de Ruanda (EPR) más allá de la frontera con el apoyo de tropas ugandesas⁵³. Aunque su plan inicial era dispersar los campos, Kagame y Museveni pronto cayeron en la cuenta de que el ejército de Zaire no había cobrado, estaba hambriento y sin ganas de combatir, por lo cual decidieron aprovechar la ocasión y continuar hasta Kinshasa para deponer a su antiguo enemigo, Mobutu. Mientras se abrían camino, los soldados del EPR acosaron y asesinaron a refugiados hutus, sin hacer distinciones entre los responsables de la masacre y la población en general⁵⁴. Entre 200.000 y 300.000

⁵¹ Human Rights Watch, *Leave None to Tell the Story: Genocide in Rwanda*, Nueva York, 1999, pp. 726-730.

⁵² Johan Pottier, *Re-imagining Rwanda: Conflict, Survival and Disinformation in the Late Twentieth Century*, Cambridge, 2002, pp. 132-133.

⁵³ F. Reyntjens, *The Great African War*, cit., p. 47.

⁵⁴ Como Roberto Garretón escribió en su informe como encargado de la ONU sobre la destrucción de los campos: «Uno no puede ignorar, por supuesto, la presencia de las personas culpables de genocidio, soldados y miembros de las milicias, entre los refugiados. [...] Sin embargo, es inaceptable afirmar que más de un millón de personas, entre ellas un gran número de niños, deban ser designados colectivamente como culpables de genocidio y susceptibles de ejecución sin juicio», G. Prunier, *From Genocide to Continental War*, cit., pp. 147-148. El embajador estadounidense en Kinshasa tuvo una visión diferente, y dijo al periodista Howard French que la preocupación por los refugiados estaba fuera de lugar: «Ellos son los malos», H. French, «How Rwanda's Paul Kagame exploits us guilt», *The Wall Street Journal*, 19 de abril de 2014.

refugiados murieron en el curso de la ofensiva del EPR. La operación contaba con el beneplácito de los nuevos aliados de Ruanda, que intercedían en favor de Kagame en las Naciones Unidas. Susan Rice –por entonces asistente del secretario de Estado para Asuntos Africanos, y que después se convertiría en embajadora ante la ONU con Obama– regresó de su primera visita a la región con un mensaje simple para sus colegas: «Museveni y Kagame están de acuerdo en que el problema básico en los Grandes Lagos es el peligro de recaer en el genocidio, y saben cómo enfrentarlo. Lo único que tenemos que hacer es mirar para otro lado»⁵⁵. El gobierno de Clinton no solo miró para otro lado, sino que aportó activamente al EPR apoyo logístico y entrenamiento⁵⁶.

Reconociendo que una invasión a gran escala para derrocar a Mobutu iba a necesitar de un rostro congoleño, Ruanda y Uganda improvisaron juntas un nuevo movimiento, la Alliance des Forces Démocratiques pour la Libération du Congo-Zaire (AFDL), que reunía a los líderes de varios grupos rebeldes, en su mayor parte extintos. Las dos figuras más importantes en esta nueva alianza eran André Kisase Ngandu y Laurent Kabila. Cuando Kisase entró en conflicto con sus patrocinadores ruandeses, éstos lo hicieron matar, dejando al más dócil Kabila como la cabeza visible del AFDL⁵⁷. Kabila había participado en la rebelión lumumbista simba de 1964, y había combatido brevemente junto con el Che Guevara durante su fracasada aventura congoleña. Si bien es cierto que sus partidarios mantuvieron, durante las décadas siguientes, una cierta presencia como maquis en el sur de Kivu, Kabila mismo se había instalado principalmente en Tanzania, y en el momento en que fue rescatado de la sombra para liderar el AFDL era más un pequeño hombre de negocios que lo que se dice un revolucionario⁵⁸. El gobierno de Kagame, apoyado por unos medios internacionales mayoritariamente favorables, insistía en que era el AFDL y no el EPR quien lideraba la lucha contra Mobutu. En mayo de 1997, mientras su

⁵⁵ H. French, «Kagame's Hidden War in the Congo», *The New York Review of Books*, 24 de septiembre de 2009.

⁵⁶ Human Rights Watch, *What Kabila is Hiding: Civilian Killings and Impunity in Congo*, cit., pp. 51-55. Prunier sugiere que hubo un fuerte elemento de proyección narcisista en la relación: «Todavía sacudidos por su derrota en Vietnam y su pobre actuación en Somalia, los oficiales del ejército estadounidense estaban encantados porque Kagame y el EPR, como un coronel estadounidense me dijo, «realmente sabían cómo hacer las cosas». En el entorno machista frustrado de la década de 1990, este fue un factor importante en la flexibilización de las normas para ayudar al EPR», G. Prunier, *From Genocide to Continental War*, cit., p. 401.

⁵⁷ G. Prunier, *From Genocide to Continental War*, cit., pp. 123-124, 130-131.

⁵⁸ E. Kennes, *Essai biographique sur Laurent Désiré Kabila*, cit.

ejército colapsaba, Mobutu huyó a Togo y después a Rabat, donde moriría unos meses más tarde. Kabila se instaló en Kinshasa, y Zaire se convirtió en la República Democrática del Congo.

No hay ninguna duda de que la mayoría de la población congoleña vio con buenos ojos la salida de Mobutu. Sin embargo, el entusiasmo por el gobierno de Kabila pronto se apagó. El nuevo presidente marginó a la oposición civil y eventualmente terminó por prohibir sus partidos, enviando a Tshisekedi al exilio interno. Los disidentes eran encarcelados y a los manifestantes se les disparaba. Los apoyos ruandeses de Kabila se hicieron muy impopulares en el este del Congo, donde actuaban como una fuerza de ocupación⁵⁹. También los gobiernos occidentales se cansaron pronto del nuevo gobernante. Es cierto que las tendencias autocráticas de Kabila no eran peores que las de los «nuevos líderes africanos» que, como Kagame, Museveni o Zenawi en Etiopía, contaban por entonces con el favor del gobierno de Clinton; pero, con todo, estos líderes tenían un sentido de la retórica de la nueva época, mientras que Kabila parecía salido de una cápsula del tiempo que hubiera sido enterrada en la década de 1970. Además, estaba arruinado. El PIB per cápita se había hundido hasta los 134 dólares; la deuda externa se mantenía en los 13 millardos de dólares, es decir, más del 200 por 100 de la renta nacional. Al exigir a los acreedores internacionales la simple cancelación de la deuda acumulada por Mobutu, con el argumento de que, de todas formas, la culpa era de ellos, la lógica de Kabila era impecable; pero para un hombre que había presenciado de primera mano la historia poscolonial del Congo, su comprensión de dónde se sitúa el poder era sorprendentemente débil.

La segunda guerra del Congo

Aunque fue elegido porque se consideraba fácilmente manipulable, Kabila resultó ser bastante intransigente en sus relaciones con Kigali. La matanza de refugiados hutus por parte del EPR había puesto al presidente congoleño en un aprieto: negar cualquier responsabilidad en los asesinatos era tanto como decir que no había tenido ningún control sobre el EPR, que lo había aupado al poder. Para tratar de romper con su dependencia del apoyo externo, Kabila cesó a sus asesores ruandeses y ordenó al EPR que abandonara el territorio congoleño en 1998. Kagame y su lugarteniente James Kabarebe respondieron con una ofensiva relámpago en varios frentes, de nuevo con apoyo ugandés, con la esperanza de desbordar y

⁵⁹ F. Reyntjens, *The Great African War*, cit., pp. 144-155.

decapitar al gobierno que ellos mismos habían instalado. En lugar de ello, consiguieron alarmar a la fuerza militar más poderosa de la región, Angola, que sospechaba que estaban facilitando el transporte a sus propios rebeldes de la UNITA. Con Angola, Zimbabue y Namibia poniéndose del lado de Kabila, pronto quedó claro que no habría una victoria rápida para la alianza ruando-ugandesa. La guerra se prolongaría durante años, con horribles consecuencias para el pueblo congoleño⁶⁰.

Siguiendo el esquema que habían utilizado con el AFDL, los ruandeses y ugandeses crearon otra fuerza delegada, el Rassemblement Congolais pour la Démocratie (RCD), al tiempo que Uganda establecía también otro grupo de cosecha propia, el Mouvement de Libération du Congo (MLC) de Jean-Pierre Bemba. El MLC contaba con una base indígena más fuerte que el RCD, al menos en la región de origen de Bemba, Ecuador. Magnate de los medios (y admirador de Berlusconi), Bemba, cuyo padre había sido uno de los más próximos colaboradores de Mobutu, vio en la formación de su propia milicia una empresa comercial sensata. Cuando le preguntaron si había obtenido el apoyo de los antiguos socios comerciales de Mobutu, se limitó a responder: «Si quieren invertir, este es el momento. Cuando llegue a Kinshasa van a tener que hacer cola para llegar hasta mi oficina»⁶¹. A medida que la guerra progresaba, las motivaciones de las partes beligerantes empezaron a parecerse, especialmente en el caso de Ruanda y Uganda, cuyos ejércitos saqueaban oro, diamantes y coltán del este del Congo, cosechando grandes beneficios en el mercado mundial. Los ingresos de Ruanda provenientes solo del coltán se estiman entre 80 y 100 millones de dólares en 2000⁶². Fue en parte por disputas en torno al botín

⁶⁰ La historia reciente del Congo de David van Reybrouck tiene gran mérito académico y literario. Con una gran narrativa adecuada a su objeto, combina una síntesis impresionante con ricos detalles extraídos de sus propias y extensas entrevistas. Como es inevitable en una obra de esta magnitud, sin embargo, algunas secciones tienen más debilidades, y su explicación de las causas de la guerra de la década de 1990 es un ejemplo de ello. La afirmación de que Fidel Castro alentó a Angola a entrar en la guerra al lado de Kabila es dudosa; Congo no suministra ni de lejos cerca del 80 por 100 de coltán del mundo; y la afirmación de Van Reybrouck de que «todo el mundo en todos los niveles de la pirámide» tuvo una participación en la guerra en beneficio propio es totalmente errónea: si bien es importante hacer hincapié en las motivaciones para la guerra «desde abajo», la mayoría sufrió masivamente y huyó a unas ciudades desbordadas, D. van Reybrouck, *Congo: The Epic History of a People*, cit. pp. 445, 456, 458.

⁶¹ G. Prunier, *From Genocide to Continental War*, cit., pp. 204-205.

⁶² F. Reyntjens, *The Great African War*, cit., pp. 224-231. La dinámica de saqueo fue diferente para los dos Estados: mientras que la «Oficina del Congo» del FPR se aseguró de que la mayor parte de las ganancias fueran canalizadas a las arcas del gobierno, el cuerpo de oficiales de Uganda se quedó con una mayor parte del botín para sí mismos.

congoleño por lo que Uganda y Ruanda rompieron relaciones: sus tropas se enfrentaron en Kisangani, centro del tráfico de diamantes, y el RCD se escindió entre las facciones prougandesas y prorruandesas, añadiendo al sangriento conflicto una capa más de complejidad.

La segunda invasión del Congo por parte de Kagame volvió a recibir luz verde por parte de Washington, tal y como más tarde reconoció el embajador estadounidense en Ruanda, Robert Gribbin: «Estados Unidos aceptó las razones de seguridad nacional alegadas por Ruanda como legítimas. También reconocimos que el RCD era un agente delegado, dirigido en muchos aspectos desde Kigali»⁶³. Desde el principio quedó claro que Estados Unidos y otros Estados occidentales estaban determinados a respaldar a Kagame a cualquier coste, una actitud que tuvo serias implicaciones en el desarrollo del conflicto. El FPR recibió un gran apoyo político y económico por parte de las principales potencias occidentales (una ayuda que venía a representar entre el 40 y el 50 por 100 del presupuesto nacional ruandés), y el apoyo se mantuvo incluso mientras toda una serie de informes ponía de manifiesto su particular responsabilidad en la continuación de los combates en Congo: una y otra vez el gobierno de Kagame emitía indignados desmentidos, y una y otra vez sus poderosos amigos le cubrían la espalda. En una fecha tan reciente como 2012, la enviada de Obama, Susan Rice, intervino en el Consejo de Seguridad de la ONU para atenuar su condena a otro agente de Ruanda en el este del Congo, y para asegurar que Kigali no fuera identificado por su nombre como la parte culpable⁶⁴. No debe sorprendernos que

⁶³ *Ibid.*, p. 195. Gribbin estaba orgulloso de recordar que Kagame le había invitado a su rancho y le regaló una vaca —«un gesto de estima en la sociedad de Ruanda»—, cuando concluyó su misión. Filip Reyntjens observa ácidamente que «Gribbin probablemente no se percató de que el regalo de una vaca también marca la relación entre el patrón y el cliente», F. Reyntjens, *The Great African War*, cit., p. 176.

⁶⁴ Helene Cooper, «UN Ambassador Questioned on US Role in Congo Violence», *The New York Times*, 9 de diciembre de 2012. Los admiradores infatigables de Kagame incluyen a Bill Clinton, quien otorgó su «Global Citizen Award» al líder de Ruanda en 2009; Fareed Zakaria, que ha descrito la Ruanda de Kagame como «un modelo para el renacimiento africano» (*Newsweek*, 2 de febrero de 2009); y, como era previsible, Tony Blair, quien realiza visitas periódicas a Kigali (en un jet privado pagado por el gobierno de Ruanda), y que ha hecho de Ruanda un escaparate para su Africa Governance Initiative, empleando a varios asesores para influir en diversos departamentos del gobierno. La incansable complicidad de Blair con Kagame se ha complementado con el trabajo del periodista de *The New Yorker* Philip Gourevitch. Un extenso perfil del presidente ruandés rechazó toda la evidencia de saqueo en una sola frase de usar y tirar: Ph. Gourevitch, «The Life After», *The New Yorker*, 4 de mayo de 2009. Para una crítica del muy influyente reportaje de Gourevitch, véase Tristan McConnell, «One Man's Rwanda», *Columbia Journalism Review*, 1 de febrero de 2011.

los teóricos de la conspiración congoleños hayan terminado por creer que los «blancos» y el capital internacional estén aliados con Ruanda para balcanizar su país y saquear su riqueza mineral⁶⁵.

No obstante, esta narrativa es exagerada⁶⁶. Los desencadenantes inmediatos de la guerra —una antigua hostilidad hacia Mobutu por parte de muchos actores regionales; las preocupaciones del FPR en materia de seguridad (y su deseo de venganza)— precedieron al deseo de lucrarse con los tesoros minerales del Congo. Los gigantes mineros de Occidente llevan mucho tiempo sacando tajada del cinturón del cobre, pero siempre lo han hecho con contratos firmados por Kinshasa. El Departamento de Estado para África Central del gobierno de Clinton no parece haber actuado tanto por la acción de los *lobbies* económicos como impulsado por el deseo de proyectar una imagen de sí mismo en tanto que facilitador de un futuro mejor para los países bajo su mando, incluso mientras financiaba a los verdugos. Kagame actuaba con las bendiciones de los norteamericanos, pero no a instancias suyas. Y aunque los minerales eran ciertamente esenciales para la perpetuación de la guerra, si tenemos en cuenta la escala de desindustrialización, tendremos que concluir que la mayor parte de la minería era de tipo artesanal: los yacimientos se excavaban a mano. Como hemos visto, esta extracción de baja productividad es mucho menos lucrativa que la minería intensiva en capital. Cuando el precio del coltán cayó en 2001, buena parte de la producción congoleña dejó de ser rentable⁶⁷. Puede que el desorden de la guerra permitiera que la gente, local y regionalmente, se beneficiase de la explotación de los minerales del Congo, pero no resulta probable que reflejara los deseos del capital internacional. En términos generales, la guerra del Congo impidió la penetración de capital mucho más de lo que la propició.

¿Podemos entonces rechazar las dinámicas del capitalismo internacional en tanto que causa importante del conflicto, tal y como han hecho

⁶⁵ Una perspectiva a la que los politólogos estadounidenses han contribuido con sus especulaciones acerca de desmembrar el país: Jeffrey Herbst y Greg Mills, «There is No Congo», *Foreign Policy*, 18 de marzo de 2009.

⁶⁶ Aquellos en la República Democrática del Congo que culpan a los ruandeses del conflicto a menudo se basan en una versión invertida de la teoría racial colonial, tan infundada como la original, alegando que los tutsis son «hamitas» o «nilóticos»: intrusos casi caucásicos, cuya supuesta innata avaricia y sed de sangre los hace codiciar las riquezas de los nobles «bantús» (el no tutsi congoleño).

⁶⁷ Stephen Jackson, «Making a Killing: Criminality and Coping in the Kivu War Economy», y Saskia van Hoyweghen, Stefaan Smis y Theodore Trefon, «State Failure in the Congo: Perception and Realities», ambos en *Review of African Political Economy*, vol. 29, núm. 93-94, septiembre-diciembre de 2002.

en gran medida los estudios liberales? Creo que no, y para entender por qué, tenemos que fijarnos en la cuestión de la clase. Se trata de un tema profundamente poco familiar en los estudios africanos, en los que se da por sentado que los lazos sociales «verticales» basados en la etnia y en las relaciones patrón-cliente son hostiles a la idea de clase. Pero, tal y como ha explicado René Lemarchand, una de las realidades sociales fundamentales detrás de los desastres de la región de los Grandes Lagos ha sido la enorme clase social de los «hombres sin patrón», todos los jóvenes excluidos en una región económicamente estancada, que han sido tanto soldados rasos en la guerra como pequeños mineros⁶⁸. La hemorragia de dinero desde la RDC hacia los sistemas bancarios de Occidente ha producido lo peor de ambos mundos: una desposesión violenta reminiscente de los relatos clásicos de la acumulación primitiva, que ha hecho la vida tradicional campesina casi insoportable en grandes zonas del Congo exactamente cuando una mayor cantidad de gente joven ha alcanzado la edad adulta⁶⁹. Al mismo tiempo, el capital necesario para generar mayores niveles de productividad, y que podría incorporar a algunos de los desposeídos rurales como trabajadores asalariados, se ha filtrado hacia el norte.

De Kabila a Kabila

El asesinato de Laurent Kabila en 2001 abrió una nueva fase en la vida política congoleña. Sigue habiendo muchas cosas por aclarar en torno a este crimen. Sabemos que Kabila cayó víctima de un *kadogo* descontento. Los *kadogo* (soldados adolescentes de Kivu que habían jugado un papel central en la ofensiva de 1996, y que ahora ejercían de guardaespaldas del presidente) tenían buenas razones para odiar a Kabila tras una serie de traiciones, pero lo más probable es que actuaran animados por agentes más poderosos⁷⁰. Sea cual sea la verdad, la muerte de Kabila despejó el camino a su hijo Joseph, que se movió con rapidez para afianzar

⁶⁸ R. Lemarchand, *The Dynamics of Violence in Central Africa*, cit., p. 4.

⁶⁹ S. Jackson, «Making a Killing», cit. A finales de la década de 1990, el 48 por 100 de la población tenía menos de quince años.

⁷⁰ Kabila había enojado a los comerciantes de diamantes libaneses al otorgar prácticamente un monopolio en el comercio a un impetuoso joven israelí, Dan Gertler, a cambio de 20 millones de dólares en efectivo. Una teoría sugiere que los comerciantes entraron en un complot con el gobierno de Ruanda, haciendo uso de los *kadogo* para sus propósitos. Otros señalan con el dedo a Angola. Las preguntas también giran alrededor del papel que jugó Estados Unidos: un agregado militar estadounidense, cuya tarjeta de visita fue encontrada en el cuerpo de uno de los asesinos, huyó de Kinshasa el día del asesinato, y más tarde admitió haberse reunido con algunos de los conspiradores. Véase el documental de Al Jazeera *Murder in Kinshasa* (2011), realizado por Arnaud Zajtman y Marlène Rabauld.

su posición. Los medios occidentales cantaron sus loas a este «modernizador», que sabía cómo tocar los botones discursivos correctos. En su discurso inaugural ante el Parlamento congoleño declaró estar preparado para buscar compromisos con todas las partes en el conflicto, y mostró su disposición a mejorar las relaciones con los países donantes. Su oferta fue entendida en Occidente, y al poco tiempo se materializaron tanto la ayuda como –cierta– reestructuración de la deuda. En 2002 se declaró oficialmente el cese de las hostilidades entre las partes principales del conflicto. El cese oficial no fue acompañado por la realidad constatable sobre el terreno, donde el saqueo y el desorden continuaron, especialmente en las provincias orientales; pero sí permitió un cierto grado de consolidación institucional por parte de las elites en Kinshasa, en concierto con los socios internacionales que habían patrocinado el acuerdo de paz.

Augustin Katumba Mwanke –a veces referido simplemente como AKM– emergió entonces como uno de los asesores más cercanos de Kabila. AKM había regresado al Congo tras la caída de Mobutu y utilizó sus conexiones con los líderes del AFDL para asegurarse el puesto de gobernador de Katanga, su provincia natal, donde había creado unos lucrativos lazos con los intereses mineros. Joseph Kabila nombró a AKM ministro, y su influencia sobre el programa económico del nuevo presidente se hizo patente. Se reescribió la normativa minera y, en virtud de una serie de acuerdos, la mayor parte de los activos minerales del Congo se vendieron a compañías extranjeras. Un gobierno de transición salido de la nada, repleto de señores de la guerra, antiguos magnates, *partis alimentaires* y otras curiosidades salidas de la nada, hizo posible que estos se repartieran los beneficios del cargo.

Las elecciones de 2006 –las primeras celebradas en el Congo desde 1965– se vivieron en una atmósfera carnavalesca con destellos de violencia mortífera. Étienne Tshisekedi volvió a equivocarse: mientras seguía insistiendo en que era el legítimo primer ministro, el líder de la UDPS malinterpretó desastrosamente el sentir popular llamando a un boicot; algunos de sus partidarios decidieron no registrarse, mientras muchos otros se pasaron al nuevo partido establecido por Jean-Pierre Bemba. El resultado de todo ello fue que la única organización política con un alcance genuinamente nacional estuvo ausente en las elecciones. Joseph Kabila derrotó a Bemba en la segunda ronda y sus partidarios constituían el principal grupo político en el nuevo Parlamento congoleño. Tras la victoria de Kabila el país quedó profundamente polarizado. En los

feudos de la oposición, como Kinshasa, pocos creían que Kabila hubiera ganado realmente; solo la amenaza de ser perseguido por el Tribunal Penal Internacional persuadió a su rival de reconocer el resultado. A continuación Kabila consolidó su triunfo electoral con otro de tipo militar: Bemba tuvo que huir a Bélgica después de que enfrentamientos entre su milicia y las tropas de Kabila dejaran cientos de muertos en Kinshasa⁷¹.

Con todo, estaba claro que Kabila *fi*ls había forjado una coalición electoral viable. A pesar de las sustanciales irregularidades que hubo en las elecciones, en las regiones del país de habla suajili había ganado por una aplastante mayoría. Kabila también se las había arreglado para atraer algunos votos en la provincia de Bandundu, gracias al apoyo de Antoine Gizenga, un veterano del gobierno de Patrice Lumumba que había quedado tercero en la primera ronda de la elección presidencial y después conminó a sus partidarios a que transfirieran su apoyo hacia Kabila; esto impidió a Bemba barrer limpiamente en el Congo occidental. Gizenga sería luego recompensado con el cargo de primer ministro. Fueron muchos los que se vieron tentados a explicar esta escisión electoral entre los hablantes de suajili del este y los hablantes de lingala del oeste como la manifestación de una identidad etnopolítica más profunda: al fin y al cabo, los partidarios de Kabila a menudo presentan a los habitantes de las zonas occidentales como incorregibles partidarios de Mobutu. En realidad, los acontecimientos iban a demostrar que la polarización este-oeste fue un fenómeno muy contingente. Los apoyos a Kabila en las provincias orientales, destrozadas por la guerra, provinieron sobre todo de la percepción de que era el mejor candidato a la hora de asegurar una frágil paz.

Las venas abiertas

Mientras Kabila consolidaba su posición, la economía congoleña empezó a recuperarse de su hundimiento catastrófico durante la guerra. La mayor parte del crecimiento registrado después de 2003 se concentró en el sector minero, donde la producción real repuntó con fuerza: cabalgando la ola del *boom* de los recursos naturales generado por China, en 2011 la producción de cobre sobrepasó su pico de mediados de la década de 1970⁷². La nueva

⁷¹ Human Rights Watch, *We Will Crush You: The Restriction of Political Space in the Democratic Republic of Congo*, Nueva York, 2008. Bemba fue posteriormente entregado al Tribunal Penal Internacional de todos modos, para enfrentarse a los cargos de atrocidades cometidas por sus tropas en la República Centroafricana.

⁷² Stefaan Marysse y Claudine Tshimanga, «La renaissance spectaculaire du secteur minier en RDC: où va la rente minière?», en Stefan Marysse y Jean Omasombo Tshonda (eds.), *Conjonctures Congolaises 2012: Politique, Secteur Minier et Gestion des Ressources Naturelles en RD Congo*, París y Tervuren, 2013.

riqueza era sobre todo evidente en el sureste, el corazón de la industria minera, y la región de procedencia de Kabila y de otros barones del régimen. Pero también podía apreciarse en otros lugares: Kinshasa, cuya indigencia premoderna y apocalíptica había hecho de ella durante largo tiempo una excepción frente a los centros comerciales y la miseria de las ciudades africanas contemporáneas, empezó a entrar en el molde, mejorando sus carreteras y sus cajeros automáticos, inflando una burbuja inmobiliaria especulativa y abriendo una sucursal de Zara. Sin embargo, los signos de que no todo iba bien estaban cerca de la superficie. Las elites locales y sus acreedores globales habían impulsado la privatización del subsuelo congoleño sin tener en cuenta en absoluto la opinión popular, que estaba firmemente en contra de semejantes medidas⁷³. De nuevo los índices de mortalidad infantil, juvenil y maternal empezaron a empeorar después de 2007, tras haber experimentado una modesta mejoría en la primera mitad de la década⁷⁴. Bien podía ser que estos fenómenos constituyeran simplemente algunos de «los tantos métodos idílicos de una acumulación primitiva», que, según la famosa frase de Marx, se hacían evidentes en muchas transiciones al capitalismo. Pero todas las señales indicaban que, como en el pasado, el gran río de dinero estaba volcándose en el mar, dejando poco a su paso.

Las ventas en el sector minero implicaron a muchos actores, dejando en el camino varias reapropiaciones, anulaciones y conflictos; sin embargo, hay algunos elementos que sí han quedado claros. A diferencia de lo que ocurrió en momentos anteriores, se ha creado muy poco empleo en el *boom* de la minería posterior a 2002: Freeport, la compañía más grande del sector, ha creado menos de 5.000 empleos. Además, el crecimiento de la minería industrial implica el desplazamiento de un vasto número de congoleños que depende de la minería artesanal para sobrevivir: directa o indirectamente, puede afectar nada menos que a 10 millones de personas⁷⁵.

⁷³ Zoe Marriage, *Formal Peace and Informal War: Security and Development in Congo*, Londres, 2013.

⁷⁴ Claudine Tshimanga Mbuyi, «Évolution de la pauvreté en République Démocratique du Congo», en S. Marysse y J. O. Tshonda (eds.), *Conjonctures Congolaises*, cit. La evidencia anecdótica de mi investigación en Kinshasa indica que precios más altos en alimentos y transporte han supuesto una mayor presión sobre los presupuestos familiares, incluso entre los algo más acomodados kinois.

⁷⁵ Marie Mazalto, «La réforme du secteur minier en RDC: enjeux de gouvernance et perspectives de reconstruction», *Afrique Contemporaine*, vol. 227, núm. 3, 2008.

CUADRO I: FUGA DE CAPITALS DE LOS PAÍSES AFRICANOS,
1970-2010

| País | Total de capital evadido (millardos de dólares) | Proporción del PIB en 2010 (%) |
|------------------|--|-----------------------------------|
| RDC | 34 | 258 |
| Etiopía | 25 | 84 |
| Mozambique | 21 | 225 |
| Nigeria | 311 | 158 |
| Sierra Leona | 10 | 524 |
| Sudáfrica | 39 | 11 |
| Total: 33 países | 814 | 79 |

Fuente: J. Boyce y L. Ndikumana, «Capital Flight from Sub-Saharan African countries: Updated Estimates, 1970-2010», cit. Fugas de capitales en dólares constantes de 2010.

La acumulación de ingresos en las arcas del Estado proveniente de las concesiones mineras es una condición esencial para que la sociedad congoleña pueda beneficiarse de tal actividad. Las minas fueron vendidas a precios de saldo por Kabila *junior* y Mwanke y el grueso de las rentas minerales no pasaron por los cauces oficiales ni se quedaron en el país⁷⁶. La fuga de capitales, ahora dirigida en su mayor parte a través de paraísos fiscales vinculados con la City de Londres, al parecer se ha incrementado desde la caída de Mobutu. Entre 2005 y 2010 se esfumaron del país casi 7 millardos de dólares, de los cuales 3 desaparecieron solo en el año 2007⁷⁷. En total, la RDC perdió cerca de 34 millardos de dólares en fugas de capitales en el periodo comprendido entre 1970 y 2010, lo que supone más del 250 por 100 de su PIB de este último año (cuadro 1).

⁷⁶ Nicholas Garrett y Marie Lintzer han argumentado que las elites congoleñas están manteniendo la mayor parte de la renta generada por el auge de la minería, mientras que otras fuentes sugieren que las empresas extranjeras están recibiendo la mayor cuota, aunque con considerable ayuda de la clase dirigente congoleña: N. Garrett y M. Lintzer, «Can Katanga's mining sector drive growth and development in the DRC», *Journal of Eastern African Studies*, vol. 4, núm. 3, noviembre de 2010; Marysse y Tshimanga, «La renaissance spectaculaire du secteur minier en drc»; Global Witness, *Digging in Corruption: Fraud, abuse and exploitation in Katanga's copper and cobalt mines*, Washington DC, 2006.

⁷⁷ J. Boyce y L. Ndikumana, «Capital Flight from Sub-Saharan African Countries: Updated Estimates», indican una mayor tasa de fuga de capitales de la República Democrática del Congo en la última década, lo que concuerda con otras fuentes más cualitativas, algunas de las cuales se citan a continuación.

Una de las figuras clave en esta vorágine ha sido Dan Gertler. Gertler vino por primera vez a la RDC en 1997, a la edad de 23 años. Establó amistad con Joseph Kabila, que confió en el joven israelí lo suficiente como para mandarlo como enviado diplomático a Condoleeza Rice en 2002. Actualmente, Gertler tiene intereses en compañías que controlan casi el 10 por 100 de la producción mundial de cobalto, y una fortuna personal de 2,8 millardos de dólares⁷⁸. Según la ONG Global Witness, «cinco de sus operaciones han provocado la pérdida de unos 1,4 millardos de dólares por parte del Estado congoleño, lo que supone casi el doble de la suma del gasto anual del país en salud y educación»⁷⁹. En 2010 y 2011, la compañía estatal Sodimico vendió un lote de licencias mineras –por un valor estimado en 1,6 millardos de dólares– a compañías vinculadas con Gertler y registradas en Hong Kong y las Islas Vírgenes por solo 60 millones de dólares⁸⁰. A medida que el ambiente político se estabilizaba, entraron en el mercado congoleño inversores más grandes, y Gertler fue su intermediario favorito. El gigante anglo-suizo Glencore ha trabajado estrechamente con Gertler con vistas a adquirir una participación mayoritaria en uno de los mayores productores de cobre del Congo, Katanga Mining, sirviéndose de complejas argucias financieras y desviando 500 millones de dólares en concepto de préstamos bonificados al imperio de Gertler en paraísos fiscales⁸¹. Entretanto, el esbirro de Kabila, Augustin Katumba Mwanke, ayudó a planear golpes financieros con Pretoria y Pekín. En 2010 se adjudicó una importante concesión de extracción de petróleo en el lago Alberto a Caprikat y Foxwhelp, dos compañías registradas (de nuevo) en las Islas Vírgenes. Los beneficiarios que constan por su nombre son ambos sudafricanos: Khulubuse Zuma, sobrino de Jacob, y Mark Hulley, el abogado del presidente. Mvelaphanda Holdings, una empresa propiedad de Tokyo Sexwale, veterano del Congreso Nacional Africano, participó en el acuerdo⁸². El director ejecutivo de Mvelaphanda, Mark Wilcox, también ayudó a establecer en paraísos fiscales fondos que controlan importantes concesiones mineras en la RDC, con el siempre ubicuo Gertler muy involucrado en la operación⁸³.

⁷⁸ Franz Wild, Michael Kavanagh y Jonathan Ferziger, «Gertler earns billions as mine deals fail to enrich Congo», *Bloomberg Markets Magazine*, 5 de diciembre de 2012.

⁷⁹ Global Witness, *Glencore and the Gatekeeper: How the World's Largest Commodities Trader Made a Friend of Congo's President \$67 Million Richer*, mayo de 2014.

⁸⁰ F. Wild *et al.*, «Gertler earns billions», cit.

⁸¹ Global Witness, *Glencore and the Gatekeeper*, cit.

⁸² William Wallis y Simon Mundy, «S Africans stake claims to Congolese oil», *Financial Times*, 1 de agosto de 2010.

⁸³ Véase «List of Offshore Companies Dealing in DRC Assets», compilado por el miembro del Parlamento británico Eric Joyce en 2011. Disponible en ericjoyce.co.uk.

AKM también dejó sus huellas en otro acuerdo comercial, esta vez con China, que en parte fue un triunfo diplomático y en parte una escandalosa liquidación de activos. Con Kabila presionado para que presentara algún logro tangible después de su triunfo electoral, un consorcio de bancos y empresas públicas chinos firmaron un acuerdo con entes paraestatales congoleños, reservándose el 62 por 100 del monto de la operación para sí mismos. Concebido en un primer momento como un préstamo de 9 millardos de dólares, el acuerdo contenía un fuerte elemento de trueque, en virtud del cual el consorcio chino debía ayudar a construir infraestructuras a cambio de un precio pagado en minerales en lugar de dinero⁸⁴. La deuda odiosa dejada por Mobutu continuaba apretando el cuello de la RDC, y el gobierno de Kabila no tenía acceso independiente a los mercados de capitales: la única forma de conseguir crédito pasaba por el programa para los países pobres altamente endeudados del FMI, en el que la condonación de la deuda lleva aparejados los requisitos habituales del Consenso de Washington. Congo, cuya estabilidad de posguerra depende de que las varias facciones reciban su parte del pastel gubernamental (que a su vez depende de las ayudas), no era considerado un buen alumno, por lo que el perdón de la deuda no avanzaba demasiado. En este contexto, la operación con China le dio una baza con la que jugar, de forma que la RDC pudo entrar en el programa en 2009 y obtener la cancelación de casi todas sus deudas⁸⁵. Por otra parte, las empresas chinas construyeron alguna infraestructura útil donde antes no había nada.

Hasta ahí, bien. Sin embargo, los préstamos llevan aparejado un precio exorbitante: el consorcio chino recibió originalmente enormes exenciones fiscales, por valor de al menos 20 millardos de dólares durante toda la vida del acuerdo, un tiempo suficiente como para que la RDC agote la mayor parte de sus reservas de cobre. Algunas de estas exenciones parecen haber logrado entrar en la versión final del acuerdo⁸⁶. La mano

⁸⁴ Johanna Jansson, «The Sicominex agreement revisited: Prudent Chinese banks and risk-taking Chinese companies», *Review of African Political Economy*, vol. 40, núm. 135, 2013.

⁸⁵ J. Jansson, «The Sicominex Agreement: Change and Continuity in the Democratic Republic of Congo's International Relations», *South African Institute of International Affairs Occasional Paper*, núm. 97, octubre de 2011.

⁸⁶ Stefaan Marysse y Sara Geenen, «Win-win or unequal exchange? The case of the Sino-Congolese cooperation agreements», *Journal of Modern African Studies*, vol. 47, núm. 3, septiembre de 2009; J. Jansson, «China Deal Back on Track», *The Africa Report*, 4 de agosto de 2014; J. Jansson, «The Sicominex Agreement Revisited: Prudent Chinese banks and risk-taking Chinese companies», cit.

del FMI está detrás de otros de los aspectos cuestionables del pacto. Por requerimiento suyo las garantías públicas de devolución fueron canceladas, los préstamos fueron reducidos en tamaño y el elemento de trueque fue drásticamente limitado. Este último punto fue especialmente controvertido: una de las grandes ventajas del acuerdo de trueque es que es difícil ocultar una carretera o un puente en un paraíso fiscal. No puede decirse lo mismo con respecto a los recursos monetarios de la operación empresarial conjunta que, de este modo, gracias al FMI, acabarán tarde o temprano en el río de la evasión.

Al mismo tiempo, la presencia china en Congo se ha dejado sentir mucho más allá de las obras de infraestructura o de los préstamos impersonales. Muchos chinos han montado pequeños negocios en importantes ciudades y, a diferencia de las oleadas anteriores de comerciantes libaneses y del sudeste asiático, en su mayor parte operan fuera de los centros urbanos. El flujo de bienes baratos de *Ngwanzu* (es significativo que el término de argot lingala para China derive de Guangzhou, la ciudad manufacturera del sur del país donde se compran los artículos de consumo baratos) ha suscitado una reacción ambivalente por parte de los congoleños. En Kinshasa los chinos hablan la lengua local, el lingala. Al mismo tiempo, son objeto de una burla intensa y a veces hostil. En parte ello se debe a la baja calidad de los bienes que venden los chinos: *ya Ngwanzu* se ha convertido en un adjetivo en lingala para expresar lo falso o de baja calidad, noción que se opone en la ideología local al término *mikili*, que es un término apreciativo, que proviene de la versión fetichizada del norte de Europa, donde los jóvenes congoleños sueñan con escapar. La hostilidad también tiene que ver con el hecho de que los chinos han tendido a suplantar a los congoleños en los pequeños negocios de importación; hasta bien entrada la década de 2000 eran los congoleños los que se beneficiaban de la venta de bienes chinos en los barrios. En parte la culpa de esto la tienen las acciones del gobierno chino descritas anteriormente. Uno de los eslóganes utilizados por Kabila *junior* a propósito de los *cinq chantiers* –o «cinco lugares de reconstrucción» nacional– fue rápidamente adoptado por la calle como *Chang Chang Che*, una clara y despectiva referencia al percibido apoyo chino al proyecto de Kabila.

La vida después de Joseph

Entretanto, la coalición política que sostuvo al presidente Kabila en 2006 se había venido abajo. La campaña para su reelección en 2011 fue una locura. La oposición del UDPS presentó una lista de candidatos

para la asamblea nacional, con Tshisekedi, que tenía ya 78 años, al frente. El voto fue amañado por el partido de Kabila de una manera tan transparente y torpe que tanto el Carter Center como el equipo de observadores de la Unión Europea determinaron que el resultado final no tenía ninguna credibilidad. La Iglesia católica había comprado teléfonos móviles para equipar a un ejército de observadores electorales en distritos remotos: el gobierno de Kabila respondió cortando las señales de teléfono durante varios días. Los votos en Kinshasa, el bastión de la oposición, fueron anulados a escala pantagruélica, y regionalmente estaban repletos de irregularidades. Ya en 2006 había habido mucha manipulación, pero entonces había pocas dudas de que Kabila habría ganado de todos modos. No así en 2011. Los gobiernos occidentales recurrieron a evasivas: Tshisekedi nunca había sido santo de su devoción, y muchos conservaban aún un cierto apego a Kabila, pero, en todo caso, el presidente de la RDC contaba ahora con un apoyo más fuerte: el de sus nuevos socios comerciales. Si China era un aliado incondicional, la Sudáfrica de Jacob Zuma fue el primer país en reconocer el resultado de las elecciones.

AKM, que había sido un asesor vital para Kabila, murió en un accidente de avión en el año siguiente a las elecciones, y desde entonces el gobierno da con frecuencia una sensación de parálisis. De acuerdo con la Constitución, los presidentes no pueden optar a la reelección después de un segundo mandato, pero los socios de Kabila, que tienen mucha sangre y dinero invertidos en el statu quo, ya están sondeando la posibilidad de una prórroga. Falaces tentativas de «reconciliación nacional» se han alternado con la represión brutal de las protestas de la oposición. Las elecciones municipales y regionales se han pospuesto varias veces, y en enero de 2015 la última estratagema del gobierno, que trataba de crear un nuevo censo electoral, provocó enormes manifestaciones en varias ciudades, incluyendo algunas orientales, como Goma y Bukavu. La rabia popular se dirigió ocasionalmente contra negocios de propiedad china, así como contra objetivos más directamente gubernamentales. La policía respondió brutalmente, matando al menos a veintidós manifestantes en Kinshasa, pero la oposición obtuvo una importante victoria moral, al obligar a Kabila a dar marcha atrás⁸⁷. Antiguos aliados, como el gobernador multimillonario de Katanga, Moise Katumbi, han empezado

⁸⁷ Human Rights Watch, «Dr Congo: Deadly Crackdown on Protests», 24 de enero de 2015.

a postularse como alternativas⁸⁸. Aunque todavía no hay nada cierto, se aprecian signos de que tanto los gobernados como los gobernantes están empezando a pensar en la vida después de Joseph.

Hay pocas esperanzas inmediatas de que un cambio de gobierno vaya a detener la hemorragia, interrumpiendo la pauta fundamental de fuga de capitales y apropiación hemofílica que este texto ha analizado⁸⁹. Las elites «disidentes» son tan parte del problema como el mismo Kabila. Al mismo tiempo, los precios del cobre se han desplomado por la ralentización del crecimiento chino, cayendo por debajo de los 6.000 dólares la tonelada a principios de 2015 por primera vez desde 2009, y los gigantes mineros están bajando sus previsiones de producción⁹⁰. Sea lo que fuere que nos depare el futuro, sí conviene destacar dos puntos con claras implicaciones políticas que parten del análisis precedente. El primero es que, en línea con las percepciones de la calle congoleña y a diferencia de la visión cultivada por los académicos africanistas y la industria del desarrollo, el desarrollo congoleño se vería muy impulsado si la clase dirigente de la RDC se sometiera a una presión más intensa desde abajo que la obligara a una distribución clientelar de los recursos: cuanto más distribuyeran, menos les quedaría para llevarse a paraísos fiscales. El segundo punto es que el análisis académico no puede aislar al Congo de la dinámica del capitalismo global. Aquí no se trata únicamente de una cuestión de privatización de los recursos y de despilfarro de las rentas mineras, lubricado todo ello con sobornos de varios millones de dólares. Los canales para desviar valor desde la autoridad del Estado hacia el inframundo de las «islas del tesoro» se benefician de un avanzadísimo entramado que las elites occidentales tienen mucho interés en mantener a resguardo. Los múltiples paraísos fiscales son «telas de araña», cuyos núcleos financieros centrales se hallan en Gran Bretaña, los Países Bajos, Suiza o Estados Unidos, entre otros países desarrollados⁹¹. Las Islas Vírgenes británicas, que parecen ser el destino principal de gran parte de las recientes fugas de capital de la RDC, están estrechamente

⁸⁸ La candidatura de Katumbi tuvo una portada en el *Financial Times*: Katrina Manson, «Congo: “Katumbi will decide the election”», FT, 20 de enero de 2015.

⁸⁹ La idea de «apropiación hemofílica» ha sido tomada de Christopher Cramer, *Civil War Is Not a Stupid Thing: Accounting for Violence in Developing Countries*, Londres, 2006.

⁹⁰ Henry Sanderson, Neil Hume y Josh Noble, «Copper slumps on Chinese selling», *Financial Times*, 14 de enero de 2015.

⁹¹ Nicholas Shaxson, *Treasure Islands: Tax Havens and the Men who Stole the World*, Londres, 2011, pp. 103-123.